

REVISTA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CULTURAL

REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO XX—TOMO XCIV

ABRIL—MAYO—JUNIO 1894



DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN

PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

PARÍS
Joseph Moos
Place de la Republique,
núm. 16

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

MADRID, 1894

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo





FORMA ÍNTIMA

DEL LIBRO PRESENTADO Á LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS FÍSICAS Y NATURALES, EN EL ACTO DE TOMAR POSESIÓN EL NUEVO ACADÉMICO EXCMO. SR. D. ACISCLO FERNÁNDEZ VALLÍN

Muchas y muy interesantes noticias biográficas y bibliográficas han aparecido en periódicos y revistas, en Madrid y en provincias, tomando motivo del trabajo con que quiso presentarse á recibir una medalla de número en la Real Academia el Sr. D. Acisclo Fernández Vallín. Aquella admirable compilación del nuevo académico fué en el acto discutida ya magistralmente por el Secretario perpetuo de la misma Academia, Sr. D. Miguel Merino, Director del Observatorio Astronómico y escritor delicadísimo, que alcanza á probarnos de una manera sobrada que las fórmulas secas y las altísimas lucubraciones de la ciencia del número no están en él reñidas con una palabra fluida y castiza, una elegantísima elocución y un estilo lleno de seductoras imágenes, y de clásicos encantos. Siguiéron después múltiples análisis hechos bajo diferentes puntos de vista, y por críticos de tanto renombre como el Sr. Becerro de Bengoa que, con sus crónicas, ameniza las columnas de

La Ilustración Española y Americana, y el Sr. Menéndez Pelayo que, con fama universal, ilustra las páginas de la *Revista de España*.

Y por revelar y descubrirnos siempre todo libro muchas de las cualidades de su autor, ha sido considerado el Sr. Vallín, en el análisis del suyo, como ciudadano, como catedrático, como escritor didáctico, como hombre público ó como académico. Sus apologistas, escritores algunos de primera fila, han sido en general justísimos y con imparcialidad deferentes. Nada puedo yo añadir á lo que ellos han dicho; y sobre todo, mis palabras no llegarán nunca á la autoridad ni á la altura de las eminencias de quienes la casualidad me hace ser ahora humilde colega.

Me presento, pues, en pésimas condiciones y llego tarde, aunque sin poder renunciar al empeño de seguir otro rumbo, procurando dar mayor relieve á una condición que, á mi ver, es la que principalmente caracteriza al Sr. Vallín y más originalidad presta á las tareas de su vida.

*
* *

Considerado como simple patricio, el Sr. Vallín se distingue por una fiebre de mejoras y una actividad sin límites que le obligan á acariciar todas las empresas que signifiquen cariño á la patria de sus mayores, amor á la tierra en que ha nacido. Sus pensamientos más tenaces, sus liberalidades más sorprendentes y hasta sus vagas aspiraciones á un merecido renombre, aparecen casi siempre para que la bella é industriosa Gijón resplandezca, la antigua y sabia Oviedo se distinga, la pintoresca y laboriosa Asturias se presente, hoy como ayer, cuna de héroes y refugio de glorias. Sí; vésele, en todas épocas, embargado por las dulces atracciones de la patria, trabajar por Gijón, por Oviedo y para Asturias, proyectando sacrificios, haciendo donativos, creando instituciones y levantando monumentos. ¿Qué no de-

ben allí á su generosidad y á sus consejos el ornato, la Instrucción pública y la Beneficencia? El aumento de las bibliotecas indispensables á las clases populares; el fomento de las escuelas, donde crecen y se forman los niños; la creación de centros, donde se ilustran artistas y artesanos; la aparición de esas estatuas de bronce que se levantan entre jardines, embelleciendo las costas besadas por el inquieto oleaje del mar cantábrico; todo lo útil, todo lo bello, todo lo fructuoso, tiene siempre un firme defensor en el asturiano entusiasta y en el español convencido. Y siempre, desde que he podido conocerle y tratarle, siempre le he visto en el martilleo del yunque, siempre constante en la tarea, siempre en la nueva labor de cada día. Hasta en la risueña quinta de sus veraneos, en aquel rincón del edén donde, en busca de alguna tranquilidad, suele refugiarse temporalmente, se le sorprende trabajando en beneficiosos proyectos, como si la rica vegetación de Somió y los próximos riscos y acantilados, al levantar brisas y al dar frescura á la mente, quisieran, en vez de convidarle al descanso, empeñarle en nuevas empresas.

En aquella ribera, allí está el centro, allí está el punto de arranque de esa actividad que ante todo admiramos, de ese cariño á lo propio que luego irradia á las comarcas vecinas, comprendiendo en unos mismos entusiasmos todo lo que lleva nombre español, todo lo que pueda servir á la mayor brillantez de las glorias de España. Los sitios más inmediatos á la casa del Sr. Vallín, las escuelas más próximas y necesitadas han sido naturalmente las primeras en recibir donativos de libros y premios, y ven aumentar por turno su material pedagógico con arreglo á los medios de que ha podido disponer la generosidad del donante. Aun ayer nos sorprendía el señor Vallín con sus incansables trabajos, procurando allegar donativos de asturianos en España y América, y reunía, en efecto, sumas relativamente crecidas con el afán de levantar á Jovellanos un monumento digno de los gijoneses y de preparar los brillantes festejos con que As-

turias pudo celebrar al fin la apoteosis de su genio. Aun hoy mismo, en los momentos en que escribimos, las tareas del Sr. Vallín en el Consejo de Instrucción pública y en la Academia no le impiden dedicarse con alma y vida á la terminación de un costoso asilo que dedica á recoger y á educar huérfanas, y que pronto ha de inaugurarse bajo la advocación de Santa Laureana, ya que Laureana fué el nombre de la cariñosa é inolvidable compañera de su vida. Pero todo esto no fué nunca obstáculo á miras que se extendieran mucho más allá de la frontera asturiana, pues su patriotismo tiene ocasión de manifestarse lo mismo en Castilla que en Cataluña ú otras partes, con motivo de Exposiciones y concursos en que las provincias traten de exhibir progresos propios. Hasta los repetidos viajes del Sr. Vallín por el extranjero no han solido tener más objeto que estudiar, asimilarse mejoras, perfeccionar en lo posible todos los adelantos que á la instrucción y á la educación pública conciernen.

Tal es la forma íntima del alma del nuevo académico, cuyo discurso vamos á examinar ligeramente y bajo su aspecto más simpático.

*
* *

Lo congruente era que el libro del Sr. Vallín, puesto que un libro había de darnos, fuera fiel reflejo de sus aspiraciones y preocupaciones constantes; y así ha sucedido, en efecto.

Pero el Sr. Menéndez Pelayo, con aquella idoneidad que le distingue y aquel amor á la ciencia por la ciencia que le enaltece, nos dice al comenzar la revista crítica que insertó hace poco tiempo en *La España Moderna* (página 146 del tomo LXII):

«El Sr. Vallín, en vez de ceñirse á los habituales límites de un discurso académico, ha preferido, con gran ventaja de sus lectores y de la común enseñanza, componer un extenso libro no menos que de 311 páginas en

4.º grande, cuajado de apéndices y notas en letra menudísima, y consagrado á dilucidar tema tan importante como el de *La cultura científica española en el siglo XVI*.

» Aunque nuestra Academia, como todas sus similares en Europa, dedica principalmente sus tareas al cultivo de la ciencia pura, no por eso ha descuidado la parte histórica... En las recepciones y juntas públicas, para las cuales los temas históricos parecen más adecuados por su índole popular y amena que los puramente técnicos é inaccesibles al profano, no son pocos los académicos que han procurado ilustrar los fastos de tal ó cual rama de la ciencia nacional... El Sr. Vallín no se ha limitado á hacer la historia de una rama particular de aquellas ciencias que pertenecen al instituto de la Academia, sino que en conjunto las abarca todas, y aun por incidencia, especialmente en los copiosos apéndices, reúne noticias sobre otras ramas del saber y aun sobre la amena literatura, aspirando con todo ello á formar un cuadro general del gran siglo en que el espíritu español demostró mayor brío y pujanza.

» Por nuestra parte hubiéramos preferido que el trabajo del nuevo académico abarcara menor número de cosas y las tratase con mayor detenimiento. Una monografía, por ejemplo, sobre el estudio de las matemáticas puras, ó de sus aplicaciones, ó de las ciencias físicas en el siglo XVI, nos hubiera enseñado más que un discurso tan vasto... Pero es claro que aquí no se trata de lo que el Sr. Vallín hubiera podido hacer circunscribiéndose á términos menos amplios, sino de lo que realmente ha hecho, con no poca honra propia y utilidad de todos, reuniendo en un solo libro, de fácil consulta y manejo, el cúmulo de noticias sobre nuestro pasado científico, dispersas en mil publicaciones heterogéneas de nacionales y extranjeros, sin omitir (á lo que creemos) ninguna de verdadera importancia, adicionándolas con mucho nuevo y no menos curioso que lo conocido, y demostrando en todo el curso de su obra pasmosa diligencia en allegar los materiales, recto juicio para aquilatar-

los y clasificarlos, ardiente amor patrio y nobilísimo entusiasmo por los progresos del espíritu humano. Todas estas alabanzas y otras aún más encarecidas merece el trabajo del Sr. Vallín, y si aquí no me dilato más en ellas, es por la sobriedad de estilo que me propongo guardar en estas crónicas, así para el elogio como para la censura... Añádese á esto que, siendo la tesis del discurso del Sr. Vallín la misma que yo en insignificantes publicaciones vengo sosteniendo hace bastantes años, y habiéndose dignado el nuevo y valiente adalid de la ciencia española citar y aprovechar con más encomio del que merecen estos ensayos míos, podría parecer interesada la alabanza que yo le tributase...»

Nada más fundamentado ni mejor pudo decirse. Tiene el Sr. Vallín derecho á enorgullecerse del juicio que su discurso merece á un crítico de tanta altura. Hasta encuentro naturalísima la preferencia que habría dado el Sr. Menéndez Pelayo á un estudio histórico detenido, pero menos general, limitado á una rama científica; y bien se comprende esa predilección de sabio por las monografías. Estamos, sin embargo, muy convencidos de que un trabajo de tal índole—trabajo peculiar de un académico para ser leído y detenidamente meditado en el seno de una corporación de sabios—resulta siempre impropio de esas sesiones públicas en que la concurrencia á una solemnidad aparatosa no va á ensimismarse allí en un estudio profundo, ni puede seguir, sin preparación bastante y en materias abstrusas, los altos vuelos de un pensador dado á alardes de vasta erudición, de difíciles discreteos y á una crítica cuya comprensión exija meditaciones serias y acaso superiores á la capacidad de los oyentes. Juzgo yo además que, para darnos el Sr. Vallín una monografía, habría tenido que violentar su naturaleza y hasta desvirtuar en aquella ocasión las tendencias y los propósitos que caracterizan el patriótico ideal de toda su vida. Piensa, sin duda, y piensa bien, que no seguimos el mejor camino al rebajarnos siempre y sistemáticamente ante propios y extraños, no sabien-

do ver más que nulidades en nuestros hombres de estudio, ni más que desdichas en los nobles y distinguidos esfuerzos del genio español; cree que no debemos ser nosotros mismos los pertinaces elaboradores de nuestro descrédito, negando como hemos visto negar hasta las cualidades de grande y de original filósofo á un Balmes; opina, con mucho juicio, que la humildad nuestra debe tener sus límites, y que ya es hora de que, en nuestros propios escritos, no busque ni encuentre la vanidad extranjera—que suele, sin embargo, acusarnos de orgullo—confesiones bochornosas de nuestra secular incapacidad y de nuestra irremediable decadencia. Decir y demostrar sencillamente lo que piensa y cree en este asunto capital, es cuanto podía proponerse el Sr. Vallín en aquel largo discurso que supo leer, en la sesión pública, en brevísimo extracto.

Y no son de ahora las luchas del Sr. Vallín enfrente de los que se placen en poner en boga ideas menguadas contra nuestro valer y manifiestan decidido empeño en considerarnos como una raza degenerada, no viendo, á lo sumo, en nuestra historia científica más que cerebros ridículamente atenazados por la intransigencia del fraile y por sus cohibiciones fanáticas.

Siempre que pudo, se rebeló el Sr. Vallín contra la preocupación indigna. Recordemos un caso notable; recordemos qué trabajos emprendió y qué gastos hizo para publicar y repartir en la Exposición universal de París, en 1878, sus hermosos *Mapas de la Instrucción pública en España*, rectificando con datos irrefutables otro indiscreto mapa de M. Manier, que injustamente nos ponía, y ponía á nuestro pueblo, al nivel de Turquía en la ignorancia. Recordemos aquel derroche de actividad y de celo, acompañado de dispendios sin número que de su bolsillo particular hacía el Sr. Vallín para organizar conferencias públicas, exposiciones de ejercicios prácticos de los alumnos, fiestas académicas y solemnidades en honor de Cisneros ó de Nebrija, en la época, por todos conceptos brillante, en que estuvo al

frente del Instituto del Noviciado, hoy llamado del Cardenal Cisneros, nombre que él quiso darle para honrar así la memoria del fundador de la Universidad Complutense. ¡Qué diferencia de tiempos! Existía entonces un honroso móvil y se iniciaba un noble pugilato de rivalidad en los resultados de la enseñanza, rivalidad con el extranjerismo, y móvil secundado con gran inteligencia y cariñosa constancia y energía por nuestro pobre enfermo D. Manuel de Galdo y por el notable latinista señor Suaña. Permitase que lamente yo el eclipse de aquella época de entusiasmos; permítaseme el deseo de nuevas liberalidades y nuevos estímulos, sin negligencias, ni vanos alardes, sin desfallecimientos ni desdenes, sin pasos atrás ni interesadas rutinas, porque la difícil obra de la educación debe basarse en el celo, en la experiencia ilustrada, en las condiciones pedagógicas personales, y jamás consiente presunción inepta, ni ensayos impuestos por la manía de singularizarse ó por el inquieto afán de variar de postura.

El Sr. Vallín, que pudo aconsejar y aconsejó reformas serias á su amigo el Conde de Toreno, ha sido innovador, pero práctico y sin aficiones utópicas. Por esto, le debieron bastante los Institutos; por esto, le deben recientemente las Escuelas Normales un bien meditado proyecto de reforma, en pugna contra planes vejatorios y exóticos que la conveniencia rechaza. Quiso mejoras y estímulos, y supo encontrarlos, aun fuera de esas discusiones verdaderamente bizantinas con las que hoy se condena la enseñanza *serial* y se propone la *cíclica*, cuando, si alguna cosa viene á significar el llamado ciclo, que enamora ya á muchos inconscientes adoradores de todo modernismo, es todavía una simple idea que flota en el aire; podrá ser acaso un procedimiento de escuela, podrá ser una reforma pedagógica del porvenir, aparte de lo mucho que tiene también de común con lo pretérito; pero espera, sin solución en Europa ni en América, al inventor de un programa medianamente satisfactorio y completo, vedándonos imponer, por ahora, arriesgados

experimentos *in anima vili*. Dejemos, por ociosas, tales digresiones para consignar que los esfuerzos del Sr. Vallín dieron su fruto, y algo han contribuído, sin duda, á disminuir la virulencia de los ataques á la cultura española; alguna pasión, alguna amargura han quitado á las diatribas que tanto estuvieron de moda.

Vuelvo, pues, á mi tema. El lujoso libro que, á costa suya, ha impreso y publicado el Sr. Fernández Vallín para su ingreso en la Real Academia de Ciencias, no podía menos de ser lo que ha sido, si había de responder á los antecedentes del autor y á sus antiguas aspiraciones de buen patricio.

*
* *

Años ha tenido que invertir el nuevo académico en acopiar los materiales del libro que constituye hoy el más cabal monumento levantado á la ciencia española del siglo XVI. No le bastaron las bibliotecas nacionales, y datos y citas y documentos consigna y presenta para los que tuvo también que acudir á otros grandes arsenales extranjeros. Fué una tarea de increíble constancia, ante la cual muchos se hubieran dado por vencidos en la primera jornada; pero el Sr. Vallín, con su carácter, con su tenacidad de hierro, supo vencer todas las contrariedades, y llegó por fin á la honrosa meta de un triunfo completo, probándonos la verdad del lema *Omnia vincit labor*.

He de consignar muy someramente—ya que el espacio falta—algo acerca de la estructura que el Sr. Vallín ha dado á su libro, teniendo poco que añadir en cuanto á la forma íntima se refiere.

Principia el desarrollo del cuadro de la cultura científica de España en el siglo XVI, presentando un bosquejo de aquella época gloriosa, de aquel gran periodo que suele llevarnos á suponer leyes de una subordinación fatal entre las letras y las armas. Será, en efecto, preocupación mía, pero me parece que los días de esplendi-

dez literaria ó científica no se presentan nunca en las naciones sino precedidos de triunfos políticos y militares; y lo cierto es que España celebra su siglo de oro con los entusiasmos de Lepanto y de San Quintín; no suena Francia en ver el esplendente siglo de sus letras antes de Luis XIV; tiene Portugal su Camoens precisamente para celebrar los descubrimientos y conquistas de Vasco de Gama; y sin ir más lejos, si hoy mismo creemos que Prusia tiene derecho á disputar la hegemonía intelectual del mundo, es con posterioridad á sus triunfos de Sedán y de Versailles. ¿Qué mucho que el señor Vallín haya querido abarcar, en la introducción de su libro, todo lo grande de aquel siglo de excepcional pujanza española?

Se fija luego el Sr. Vallín en lo que ha de constituir su particular estudio; se fija en las ciencias; evoca, como antecedentes, los progresos de la Edad Media y nos habla de los centros de estudio musulmanes y judíos en Córdoba, Sevilla, Murcia y Toledo, escuelas arábigo-españolas que han permitido afirmar que «casi todos los conocimientos matemáticos y astronómicos salían de España, que era, por decirlo así, como el remanso donde se detuvo la corriente oriental de la ciencia misteriosa del Asia y el foco de luz adonde acudieron á estudiar los hombres más notables de aquellos siglos llamados bárbaros por todos los historiadores.» Así ha podido decirse: «*L'Espagne a longtemps été le rendez-vous de tous les savants de l'Europe.*» Y añade luego, después de recordarnos con el debido encomio la tradición isidoriana: «La cultura agarena, que investigó desde el vegetal más humilde hasta los más complicados movimientos celestes, era tan española, tan propia de nuestro suelo y de nuestro clima, que aquí se quedó toda entera, volviendo al Africa la moruna raza como había venido, sin médicos, sin filósofos, sin astrónomos, sin matemáticos, sin aquellas elevadas inteligencias que habían bebido sus ideas en las cristalinas y poéticas aguas del Genil, del Darro y del Guadalquivir, siendo de notar la

opinión, eruditísimamente sostenida por el doctor Simonet y otros orientalistas nacionales y extranjeros, según la cual mucha de la que pasa por ciencia árabe es ciencia mozárabe...»

Enumera después el nuevo académico los escritores matemáticos españoles que brillaron dentro y fuera de la Península, en las Universidades de Salamanca, Alcalá, Zaragoza y París, precursores de los sabios que habían de realizar tan grandes adelantos más tarde. Y, para abreviar, quiero limitarme á reproducir ahora un extracto del discurso hecho ya de mano maestra por el Sr. Becerro de Bengoa, persona tan autorizada en ciencias exactas, quien nos dice que el Sr. Vallín «dedica notables páginas á la astronomía, á la geografía y viajes y al arte de navegar, haciendo una brillante apotheosis de nuestros sabios, de nuestros cosmógrafos, viajeros, tratadistas y navegantes, y de los congresos de astrónomos españoles y portugueses en aquellos tiempos. En los capítulos referentes á las ciencias físicas estudia los trabajos prácticos que acerca de la física del globo, del magnetismo terrestre, de la óptica, de la telegrafía y de la metalurgia, realizaron aquellos ilustres compatriotas nuestros que justamente figuran entre los más asiduos obreros del renacimiento científico, elogiados y proclamados como tales por los publicistas extranjeros. Ocúpase luego del floreciente estado de la botánica en España en aquel siglo, dando minuciosa cuenta de las publicaciones que entonces enriquecieron esta ciencia y de las exploraciones españolas en el Nuevo Mundo. Como término y digno complemento del admirable trabajo del Sr. Vallín aparece en su discurso una descripción de los establecimientos de enseñanza con que contábamos en el siglo XVI, cuando las Universidades de Salamanca y de Alcalá eran el modelo de las demás de Europa. En las notas-apéndices encuentra el lector un vasto arsenal de curiosísimos conocimientos, un inventario metódico y completo de la cultura española en los pasados siglos y una magistral reseña de

nuestros centros de enseñanza. Tales y tantas amenas é instructivas materias ha condensado el respetable profesor y académico en esta obra, que resulta ser un verdadero obsequio hecho no sólo á la Academia que le ha recibido solemnemente, sino á la historia de nuestras ciencias, á la enseñanza y, sobre todo, á nuestra juventud estudiosa.» Así, la obra que motiva este artículo es— como había yo anunciado al principio y por lo transcrito ha podido verse y confirmarse—un fidedigno alegato, un precioso cúmulo de datos reunidos con pacientísima labor é innegable acierto para demostrar á nuestros conscientes é inconscientes detractores lo que fuimos y lo que aún podemos valer en la científica lucha actual de los pueblos cultos.

No lo digo yo: lo afirman los autorizados críticos que me han precedido.

*
* *

Lo único que á mí toca, lo único que me incumbe poner de relieve, es que el milagro de esta obra magna de pesquisas históricas, que ha poco se presentó á la Real Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, se debe á los sentimientos de acendrado patriotismo que han inspirado en primer término todos los afanes del Sr. Fernández Vallín durante su larga y brillante carrera. Podrá haber preocupación ó error disculpable en el desarrollo de aquellos nobles sentimientos, pero sobre su fuerza impulsiva no caben dudas.

El Sr. D. Miguel Merino, que, hablando en nombre de la Academia, fué el primero en felicitar al Sr. Vallín por su imperecedero trabajo, se distingue también por un entusiasmo sin límites, entusiasmo expuesto á cada instante con aquella dicción clásica y aquella finura de ingenio que obligan al oyente ó al lector á seguirle como atraído y fascinado por los cadenciosos párrafos, las pulcras frases y las expresivas imágenes que se encadenan para formar el más embelesador de los estilos. En la REVISTA CONTEMPORÁNEA se ha publicado aquel dis-

curso, sin que á nadie se oculte que de su mismo entusiasmo se deriva cierto tinte melancólico, como si las desdichas de los momentos actuales coartasen sus más legítimas expansiones acerca de los triunfos pasados. Se explica este fenómeno. El Sr. Merino no pone en duda que los españoles posean aptitud sobresaliente, y prácticamente demostrada en el transcurso de los tiempos, para el cultivo provechoso de las ciencias físico-matemáticas y naturales; el Sr. Merino afirma que, en punto á cultura intelectual y propiamente científica, en el sentido restringido que se atribuye á esta palabra, rivaliza ventajosamente nuestro siglo XVI con el siglo del mismo nombre en la historia de las demás naciones europeas. Pero el Sr. Merino pregunta: «¿Por cuál descubrimiento, en la esfera amplísima de la pura teoría, ó de la experiencia, de las grandes aplicaciones, hemos conquistado puesto eminente entre los pueblos que han dado carácter especial y fama imperecedera al siglo XIX?... Aunque muy de tarde en tarde, sabios matemáticos é ingeniosos físicos florecieron sin duda en esta tierra clásica y feraz de las ciencias religiosas, morales y políticas, de las tres llamadas nobles artes, de la amena literatura y elocuencia conmovedora y persuasiva, y de la arrebatadora poesía; pero ¿qué escuela fundaron? ¿Qué legión de aventajados discípulos produjeron? ¿Qué influencia ejercieron en la generación y espléndido desenvolvimiento de las demás ciencias, del robusto tronco de las matemáticas desprendidas y de su savia sustanciosa alimentadas?... Suprimid del edificio, en siglos de incesante faena levantado por los matemáticos de todos los tiempos y países, los sillares labrados por los matemáticos españoles: ¿creéis que el edificio flaqueará por la base ó se cuarteará por algún lado, y se descompondrá la armónica y primorosa distribución de su conjunto?» Esto pregunta el Sr. Merino.

¿Cómo hemos de afirmar lo que afirmativamente no puede contestarse? Aun en medio de risueños optimismos no valdría yo para historiar estudios que fueron siempre

ajenos á mi capacidad, y, por consiguiente, me están vedados; pero, sí, comprendo las melancolías y los sinsabores del sabio que, escudriñando con todo el cariño de su vocación los progresos actuales, y maravillado ante la intensísima luz de la ciencia en el mundo moderno, no alcanza á ver más que oscuridades en el primer plano que se extiende alrededor suyo, precisamente en ese primer término donde quisiera él ver instalado el foco de mayor fuerza, el centro de fructíferos trabajos y poderosos inventos.

Paréceme, no obstante, que el estado actual no es tampoco para mantener enervadores desalientos. Hay que reconocer que los mayores adelantos corresponden á las grandes épocas políticas, y que la evolución es ley fatal de los pueblos; pero ninguno de los sillares huelga en el sólido alcázar del saber, y bien puede acentuarse acaso un salvador renacimiento después de ese largo período en que, renegando de nuestra originalidad, sólo hemos sabido ser imitadores, siguiendo servilmente el brillo de los astros que desde los tiempos de Luis XIV á Napoleón I han aparecido más allá del Pirineo para alumbrar las estériles luchas, la postración y las desdichas de nuestra raza. Conocer hoy á fondo los males de que hemos sido víctimas puede ser mañana el principio de una curación segura.

Pero afirmemos sobre todo, apoyados en las enseñanzas de la historia, afirmemos que no somos tan inútiles como han creído y pregonado algunos. Felizmente, se reconoce ya que los optimismos del Sr. Vallín, fundamentados en su hermoso libro, forman un monumento erigido á la erudición propia del autor y á la gloria de la madre patria. Así lo asegura el Sr. Merino, como hemos visto, y también el Sr. Menéndez Pelayo, quien, con su extraordinario saber y serena crítica, ha dedicado más de 30 páginas al examen y al elogio de ese libro de excepcional importancia, que encierra, á la par que un mérito indiscutible, cierta inesperada revelación que á los impugnadores *temporis acti* pasma. En efecto: de

la lectura de aquellas largas páginas aparece que en el siglo XVI, en aquella época de Felipe II, cuyas tenebrosidades tanto se exageran; en los años en que acababa de arrojarse hacia las costas de Marruecos á los moros de las vegas granadinas y se expulsaba de todas partes á los judíos; en la España oscurantista, en la España del fanatismo, de los conventos y de las hogueras inquisitoriales hubo indudablemente una vida literaria y científica intensa, un movimiento intelectual vastísimo, como muchos no sospechaban, y toda aquella actividad hubo de manifestarse con destellos que todavía deslumbran, sin que sea posible sobrepujarlos hoy, ni llegar de mucho á su intensidad siquiera.

Ante esa súbita revelación, ante el prodigio que embarga el espíritu de los que ahondan en la labor de los españoles del siglo XVI, ante esa sorpresa que parecía imposible después de las negras pinturas, multiplicadas por ignorantes ó sistemáticos falsificadores de nuestra historia, es muy natural que los extranjeros pregunten: ¿Cómo han podido descender de tales alturas los españoles? ¿Cuáles son las verdaderas causas de la decadencia científica y literaria de España?—Este sería otro estudio, otro gran libro, libro de impresiones dolorosas, sí, pero sanas y oportunas, cuando de su redacción se encargase un escritor imparcial y de alto vuelo, pues él demostraría que está hoy á punto de terminar nuestro período menguante y que el luminoso astro del genio español puede resplandecer nuevamente, y acaso pronto, con todo su antiguo brillo.

*
* * *

No me he propuesto hacer una apología apasionada; no pretendo reproducir, bajo uno ú otro aspecto, la extensa crítica que ya hicieron otros más hábiles; pero séame lícito en este momento, dejando la pluma y poniendo punto á estos renglones desordenados, sintetizar en dos palabras mis impresiones acerca de la obra del nuevo y sabio académico.

Es tal libro el natural producto de una vida continuamente embargada por purísimo amor á la tierra nativa; es el espontáneo fruto de un patriotismo innato, batallando siempre con los más nobles esfuerzos y no perdonando sacrificios para sostener la lucha; es también el libro una personificación palpitante que ha de sobrevivir á estos tiempos por el interés que lo anima y por la tenacidad que supone. Ni la existencia del Sr. Vallín se concibe sin las preocupaciones y continuas tareas de su obra—no terminada ciertamente, aunque impresa y repartida,—ni el original necesita firma para que acertemos el nombre de quien lo escribe.

Con maestros y obreros como el Sr. Vallín no tardaría España en recobrar su sitio en las filas de la civilización europea.

Sin exageración alguna, y aun colocándonos en el colmo del pesimismo, y no viendo hoy en nuestra Península, científicamente considerada, más que un triste desierto, un inculto páramo, casi un arrenal del Zahara, sería fuerza declarar que el persistente trabajo del autor, que nos describe y demuestra la CULTURA DE LOS ESPAÑOLES EN EL SIGLO XVI, ha sabido formar—en medio del desierto, del arrenal ó del páramo—uno de aquellos deliciosos oasis de que nos hablaba el docto Sr. Merino, oasis capaz de reanimar el espíritu abatido, convidando al viajero con agradable verdor y ansiada frescura.

¿No debe consignarse con orgullo este resultado siquiera, ya que todos estamos en tal punto de acuerdo.

Mi entusiasta enhorabuena resulta ahora ociosa, y nada añade á los plácemes recibidos por los Sres. Vallín y Merino. Y, sin embargo, la felicitación mía quizás se admita con algún cariño, no precisamente por lo muy franca y sincera, sino por ser una voz espontánea del Claustro donde el nuevo académico desarrolló los más decididos empeños y ha pasado lo mejor de su vida.

He de repetir, pues, mil parabienes.

CARLOS SOLER ARQUÉS.



LA CELESTINA (*)

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS Y SENTENCIAS

Sana doctrina es la *máxima*, que nos dirige por el camino del bien á todo proceder alto y saludable moral, así como dicen *Las Partidas*, con su natural sublimidad, «es *pensamiento*, cuidado en que discurren los hombres, las cosas »pasadas y las de luego y las que han de ser; y dícenlo así, »porque con él *pesa* el hombre todas las cosas de que le viene »cuidado á su corazón,» y es *sentencia*, todo pensamiento breve, también alto y saludable, que nos enseña sabiamente á regir nuestras acciones en lo porvenir y nos avisa, recordándonos nuestros pasados extravíos, así como nuestra in-experiencia.

Advertencias oportunas, sentencias filosóficas, sumamente necesarias para mancebos, con el fin de librarlos de los engaños que están encerrados en sirvientes y bajas Celestinas, dicen constituye la obra sus autores.

Hízolos su modestia equivocarse.

No sólo para mancebos inexpertos escribieron Cota y Rojas, sino para el hombre ya advertido y pensador, que la *tragi-*

(1) Véase la pág. 574 del tomo anterior.

comedia se halla con frecuencia salpicada de las más acendradas máximas, para el gobierno del hombre de todas las edades, conocimiento del mundo y de sus semejantes, aborrecimiento al vicio y amor verdadero á la virtud.

Leamos con detenimiento las sentencias; más que á la letra atendamos á su espíritu, y habremos de convencernos de que la lectura de LA CELESTINA, lejos de ser perniciosa, no sólo es útil y agradable, sino que como la de *El Quijote*, según siente García Arrieta en su *Espíritu de Cervantes*, presenta á los lectores, y muy especialmente á los jóvenes, una preciosa colección de máximas y documentos sobre lo que se llama ciencia de mundo que debe andar en manos de todos ellos, desde que saben leer, para que de este modo, al par que puedan hacerse avisados, se formen práctica en el castizo y hermoso lenguaje castellano.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS Y SENTENCIAS

Acto primero de «La Celestina»

DE

RODRIGO COTA

A

Afligidos. Es grande descanso á los afligidos tener con
quién puedan sus cuitas llorar.

Alma. Mayor es la llama que dura ochenta años que
la que en un día pasa, y mayor la que mata
un ánima que la que quema cien cuerpos.

Amigos. Gana amigos; que es cosa durable; ten con
ellos constancia, no vivas en flores.

Cobra amigos, que es el mayor premio mun-
dano.

Amor.

¿Tú piensas que la distancia del lugar es poderosa de apartar el entrañable amor y el fuego que está en un corazón?

El que verdaderamente ama, es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el Hacedor de las cosas fué puesto, porque el linaje de los hombres se perpetuase, sin lo cual perecería.

Amor no se debe rehuir, ni caridad á los hermanos.

El amor impervio todas las cosas vence.

Amos.

Imposible es hacer siervo diligente el amo perezoso.

B

Bien.

En los bienes, mejor es el acto que la potencia, y en los males, mejor es la potencia que el acto. Así que mejor es ser sano que poderlo ser, y mejor es poder ser doliente que ser enfermo por acto; y por tanto, es mejor tener la potencia en el mal, que el acto.

Bienes.

Los bienes que tienes dentro con los de fuera resplandecen; porque sin los bienes de fuera, de los cuales la fortuna es señora, á ninguno acaece en esta vida ser bienaventurado.

Los bienes, si no son comunicados, no son bienes.

C

- Codicia.* Muchos por la codicia de dar en el fiel hierran en el blanco.
- Corazón.* De enfermo corazón es no poder sufrir el bien.
- Costumbres,* Las buenas costumbres sobre un buen natural florecen, como el buen natural sea principio del artificio.
- Creer.* Extremo es creer á todos, y yerro no creer á ninguno.
- Cuidado.* Sobrecargar el cuidado es aguijar el animal congojoso.

D

- Dádiva.* Sin duda la presta dádiva su efecto ha doblado; porque la que tarda, el presentimiento muestra negar y arrepentirse del don prometido.
- Deleite.* Si hombre vencido del deleite, va contra la virtud, no se atreva á la honestidad.
- Deseo.* No hay cosa peor que ir tras deseo sin esperanza de buen fin.
- Destemplanza.* ¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá el armonía aquel que consigo está discordo?

E

Ejemplo. Un ejemplo de lujuria ó avaricia mucho mal hace, y con aquellos debe el hombre conversar que le hagan mejor, y aquellos dejar á que él mejor piense hacer.

Entendimiento Donde hay menor entendimiento hay mayor fortuna, y donde más discreción allí es menor la fortuna.

Esperanza. Esperanza luenga aflige el corazón, y cuanto él la perdiere, tanto gela promete.

Experiencia. El seso y la vista de las muchas cosas demuestran la experiencia.

F

Fisonomía. Por la fisonomía es conocida la virtud interior.

Fortuna. Cuanto mayor es la fortuna, tanto es menos segura.

H

Hacer. Haz lo que bien digo y no lo que mal hago,

Hombre. No sometas la dignidad del hombre á la imperfección de la flaca mujer.

Honra. Ponte en la medida de la honra, y piensa ser más digno de lo que reputas.

L1

Llanto. Dejemos llorar al que dolor tiene, que las lágrimas y suspiros desenconan el corazón dolorido.

Necedad ó simpleza es llorar por lo que con llorar remediar no se puede.

M

Maestro. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fué discípulo.

No se debe ensañar el maestro de la ignorancia del discípulo, sino raras veces; porque la ciencia (que es de su natural comunicable) en pocos logares se podría infundir.

Mal. La perseverancia en el mal no es constancia, mas dureza y pertinacia la llaman en mi tierra.

Mentir. Torpe cosa es mentir el que enseña á otro.

Merced. Sin merced, imposible es obrar bien una cosa.

Merecimiento. Peor extremo es dejarse hombre caer de su merecimiento, que ponerse en más alto lugar que debe.

Muerte. ¡Oh bienaventurada muerte aquella que deseada á los afligidos viene.

Mujer. Á los que las vencieron quisiera remedases, que no á los que de ellas fueron vencidos.

Huye de sus engaños... No tienen modo, no razón, no intención, por rigor comienzan el ofrecimiento que de sí quieren hacer. A los que meten por los agujeros denuestan en la calle, convidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, pronuncian enemiga; ensáñanse presto, apacíguanse luego; quieren

que adivinen lo que quieren... ¡Oh plaga, oh qué enojo, oh qué hastío es conferir con ellas más que aquel breve espacio que aparejadas son á deleite!...

Muchas hubo y hay santas y virtuosas y notables, cuya resplandeciente corona quita el general vituperio. Pero destas otras, ¿quién contaría sus mentiras, sus tráfigos, sus cambios, su liviandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus osadías? que todo lo que piensan osan sin deliberar: ¿sus disimulaciones, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitude, su inconstancia, su testimoniar, su negar, su resolver, su presunción, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desdén, su soberbia, su sujeción, su parlería, su golosina, su lujuria y suciedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, sus embaimientos, su desvergüenza, su alcahuetería? Considera ¡qué sesito está debajo de aquellas grandes y delgadas tocas; qué pensamientos so aquellas gorgeras, so aquel fausto, so aquellas largas y autorizadas ropas; qué imperfección, que albañares debajo de templos pintados! Por ellas es dicho: ¡Cabeza de pecado, destrucción de paraíso!...

O

Oportunidad. Conocer el tiempo y usar el hombre de la oportunidad, hace á los hombres prósperos.

P

Palabras. Vanamente se dice por muchas palabras lo que por pocas se puede entender.

- Paz.* La paz no se debe negar; que bienaventurados son los pacíficos, que hijos de Dios serán llamados.
- Pecado.* Por el ejemplo debe ser oculto el pecado.
- Peligro.* Siempre oí decir que por huir hombre de un peligro cae en otro mayor.
- Pensamiento.* No derrames el pensamiento en muchas partes, que quien junto en diversos logares le pone, en ninguno le tiene.
- Perdido.* Perdido es quien tras perdido anda.
- Pobres.* No los que poco tienen son pobres, sino los que mucho desean.
- Prudencia.* La discreción mayor es la prudencia.
La prudencia no puede ser sino en los viejos.

S

- Salud.* Asaz es señal mortal no querer sanar.
Comienzo de salud es conocer hombre la dolencia del enfermo.
Malo es esperar salud en muerte ajena.
- Señores.* Deja los vanos prometimientos de los señores, los cuales desean la sustancia de sus sirvientes con huecos y vanos prometimientos; como la sanguijuela sacan la sangre, desagradecen, injurian, olvidan servicios, niegan galardón. ¡Guay de quien en Palacio

envejece! Como se escribe de la Probática piscina (35), que de ciento que entraba sanaba uno.

Servidores. Ser honrado y bien tratado es la mayor cadena que el amor del servidor al servicio del señor prende; cuanto es contrario le aparta.

Sospecha. No se debe dejar crecer la hierba entre los panes, ni la sospecha en los corazones, sino limpiarla luego con el escardillo de las buenas obras.

Subir. Quien torpemente sube á lo alto, más aina cae que subió.

T

Temor. El temor reduce la miseria, y la providencia despierta.

Tristeza. No retrayas ni amargues, que la natura huye lo triste y apetece lo deleitable.

V

Vida. Quisiera pasar la vida sin envidia; los yermos sin temor; el sueño sin sobresalto; las injurias con repuesta; las fuerzas sin denuesto y las premias con resistencia.

Y

Yerro. Yerro es no creer, y culpa creerlo todo.

De los hombres es errar, y bestial es la porfía.

MÁXIMAS, PENSAMIENTOS Y SENTENCIAS

Actos segundo á veintiuno de «La Celestina»

DE

FERNANDO DE ROJAS

A

Adversidad. Las adversidades, con ánimo se han de sufrir, y en ellas se prueba el corazón recio ó flaco.

Alegría. Finge alegría y serlo ha.

Amantes. No es cosa más propia de los que aman que la impaciencia; toda tardanza les es tormento, ninguna dilación les agrada; en un momento querrían poner en efecto sus cogitaciones; antes las querrían ver concluídas que empezadas; mayormente los novicios amantes, que tras cualquier señuelo vuelcan sin deliberación, sin pensar el daño que el cebo de su deseo trae mezclado en su ejercicio y negociación para sus personas.

Amistad. El cierto amigo en la cosa incierta se conoce, en las adversidades se prueba; entonces se allega y con más deseos visita la casa que la fortuna próspera desamparó.

No hay cosa más amada ni más rara que un amigo.

Como la hez de la taberna despide á los borrachos, así la adversidad ó la necesidad al fingido amigo, que luego se descubre el falso metal dorado por cima.

Las iras de los buenos amigos, siempre suelen ser reintegración del amor.

La paridad de las costumbres y la semejanza de los corazones es (lo) que más sostiene la amistad.

Amor.

En el contemplar está la pena del amor; en el olvidar el descanso.

Todo se olvida, todo queda atrás. Pues así será este amor de mi amo, cuanto más fuere andando, tanto más disminuyendo; que la costumbre lengua amansa los dolores, afloja y deshace los deleites, desmengua las maravillas.

Las distancias de las moradas no despega los corazones, «antes bien los une más.»

Mala señal es de amor huir y volver la cara.

Mucha fuerza tiene el amor; no sólo la tierra, más aun los mares, traspasa, según su poder. Igual modo tiene en todo género de hombres; todas las dificultades quiebra. Ansiosa cosa es; temerosa y solícita, todas las cosas mira en rededor; así que, si vosotros buenos enamorados habéis sido, juzgaréis yo decir verdad.

El amor es un fuego escondido, una agradable llama, un sabroso veneno, una dulce amargura, una delectable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

Con nuevo amor se olvidan los viejos. Un hijo que nace restaura la falta de tres finados

que con nuevo sucesor se pierde la alegre memoria y placer perdidos del pasado.

Todas las deudas del mundo reciben compensación en diverso género; el amor no admite sino sólo amor por paga.

¡Oh, amor, amor! ¡Que no pensé que tenías fuerza ni poder de matar á tus sujetos!... Herida fué de ti mi juventud; por medio de tus brasas pasé... no sé si hieres con hierro ni si quemas con fuego: sana dejas la ropa, lastimas el corazón... ¿Quién te dió tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fueses, amarías á tus sirvientes; si los amases, no les darías penas; si alegres viviesen, no se matarían... No das iguales galardones; inicua es la ley que á todos igual no es... Cata que Dios mata los que crió, tú matas los que te siguen... Enemigo de toda razón, á los que menos te sirven das mayores dones, hasta tenerlos metidos en tu congojosa danza. Enemigo de amigos, amigo de enemigos, ¿por qué te riges sin orden ni concierto? Ciego te pintan, pobre mozo; pónente un arco en la mano con que tires á tiento; más ciegos son tus ministros, que jamás sienten ni ven el desabrido galardón que se saca de tu servicio. Tu fuego es ardiente rayo que jamás hace señal do llega. La leña que gasta tu llama son almas y vidas de humanas criaturas, las cuales son tantas que, de quien comenzar pueda, apenas me ocurre, no sólo de cristianos, mas de gentiles y judíos, y todo en pago de buenos servicios.

Los apasionados y metidos en este fuego del amor, ni comen ni beben, ni ríen ni lloran,

ni duermen ni velan, ni hablan ni callan, ni penan ni descansan, ni están contentos ni se quejan, según la perplejidad de aquella dulce y fiera llaga de sus corazones.

Arrepentimiento.—No quiero más de ti que lo que Dios pide al pecador, enmienda y arrepentimiento.

Atavíos. Los atavíos hacen á la mujer hermosa aunque no lo sea; tornan de vieja moza, y á la moza más. No es otra cosa la color y el abayalde sino pegajosa liga en que se traban los hombres.

Avaricia. Ninguna cosa hace pobre al avariento sino la riqueza.

B

Baldón. Es muy rara la paciencia que agudo baldón no penetra y aun traspasa.

Beneficio. Hacer beneficio es semejar á Dios, y más que el que hace beneficio, lo recibe cuando es persona que le merece; y el que puede sanar al que padece, no lo haciendo lo mata.

Bien. ¡Oh bien y gozo mundano, que mientras eres poseído eres menospreciado, y jamás te consientes conocer hasta que te perdemos!

¡Oh ingratos mortales!... Jamás conocéis vuestro bien, sino cuando dello carecéis.

JAVIER SORAVILLA

(Continuará.)



CÉSAR PASCARELLA

I

En unas fotografías íntimas, escritas para periódico que publicaba las de muchas notabilidades patrias, el ilustre poeta Zorrilla, contestando á la pregunta ¿en qué ciudad le gustaría vivir? respondió: en Roma. El insigne vate había vivido muchos años en la que fué capital del mundo y sigue siéndolo del orbe católico, conocía perfectamente la ciudad llena de recuerdos de todas las épocas y de todos los pueblos, en la que cada cual puede creerse en su patria, donde la calma para el estudio es incomparable, donde la memoria tiene tan ancho campo que, distraído con pasadas grandezas, el ánimo divaga sin doblérgarse al peso de miserias propias.

Menos mal que desde un punto de vista podemos compararnos con el cantor ilustre de la oriental Alhambra; también nosotros amamos vivir en Roma. Hallamos aquí material sobrado para estudios que nos deleitan y que presentan su más vasto campo en la capital de Italia, encontramos motivos para olvidar tristezas y pasamos la vida soñando con el pasado, único medio de alejar fantasmas que surgen cuando se piensa en el porvenir. Quiere la mente reposo

como el cuerpo, y así como éste se repone con el sueño, aquélla descansa con la tarea que divierte: entre estas, ninguna tan buena para ello como estudiar la ciudad donde se habita y el pueblo que se trata. Los cambios políticos, las mudanzas de los gobiernos y las necesidades de la vida moderna, han hecho de una Roma, dos: subsiste la antigua, donde junto á ruinas que atestiguan la grandeza de la época romana, sea con las durezas y positivismos que caracterizan su primer período ó con el lujo y poderío alcanzado durante la República ó con el fausto y la depravación del Imperio, están recuerdos de la Edad Media, tal vez más dura aquí que en otras partes, y de los tiempos más próximos á nosotros, que son interesantísimos, por el carácter particular que ha tenido siempre esta población. Como de madre anciana, achacosa y encorvada por los años, se ven hijos fuertes, robustos y derechos, así de la Roma vieja, sin límite divisorio, como prolongación natural, ha derivado una Roma nueva, con sus casas á la moderna, sus calles anchas, sus plazas grandes. Aquella conserva traje pasado de moda, atavíos anticuados, hábitos de sociedad caduca; no pierde, á pesar de mal pensadas reformas, el carácter que la particulariza, la determina y la haría reconocible entre millares que se pusiera.

La Roma creada desde 1870 ha copiado, para presentarse, los figurines que se publican en todas partes, resultando una señora moderna, con moños de mucha vista y poco coste, galas de similor y atavíos ligeros.

El pueblo ha debido cambiar también: allá conserva sus costumbres, se mantiene apegado á las tradiciones que lo personifican, no ha dejado sus trajes, ni cambiado la hostería por el *restaurant*; sigue dando serenatas por las noches en estrechos callejones y prefiere la medrosa luz del farol que alumbra á imagen incrustada en un muro, á la tantas veces inoportuna claridad que despiden las lámparas de Edison: no queriendo que lo confundan, se llama romano de Roma, pues desea siempre que lo distinguan del de acá; llegado más tarde, del que emprende negocios, camina de prisa, se recoge tarde por la noche y se deleita con canciones exóticas,

chilladas en cafés al uso de Francia, por suripantas impúdicas que, incapaces de llamar la atención con la voz, echan las piernas al aire, para encanto de quienes con tan poco se contentan. Resulta de todo esto contraste muy notable, rica fuente de observaciones, hechas las más de las veces por este pueblo en forma satírica tan picante que acreditan los romanos de ahora la afición con que los antiguos cultivaron un género literario, del que se mostraban orgullosos, por creerlo invención propia. Aquí la literatura popular tuvo siempre este carácter, y de ello son pruebas fehacientes las pasquinadas y preguntas de Marforio. De nada sirvieron las persecuciones, nada se consiguió con feroces condenas de quienes murieron por una sátira, como si hubieran cometido el mayor de los crímenes; la musa satírica, sin respetar nada ni á nadie, siguió solazando al público y azotó á pontífices, cardenales y señores, con la misma desenvoltura que al plebeyo: puso de manifiesto vicios y defectos de todas las clases, censuró con acritud juvenalesca la corrupción impropia del centro que debía ser manantial de buen ejemplo y se rió con franca carcajada de medidas preventivas contra lo que fatalmente debía venir á flote, gracias al progreso lento, pero seguro, que realiza la humanidad. Más tarde se dió forma al dicho, á la frase, y comenzaron á resultar bellos cuadros de género, en que se estudia con fruto para conocer tiempos pasados: la forma empleada, que en otras literaturas populares es fácil y ligera, fué aquí el soneto, con todas sus dificultades y complicaciones.

En las colecciones de pasquinadas, hoy al alcance de todos, se encuentran muchos de éstos, graciosos y picantes hasta el exceso, que censuran vicios de pontífices y defectos de sus cortes, que ridiculizan costumbres señoriles y prácticas populares. Más tarde, la musa retozona fué á bailes, fiestas y ceremonias, que describió con esmero, empleando siempre el diálogo romanesco, lengua burlona con que el trasteverino sabe colorar fuertemente sus ideas. De este modo se creó y se fué enriqueciendo la literatura popular de esta región, cuyo representante más caracterizado es el ilustre Belli. Comprendiendo su tiempo, teniendo perfecto cono-

cimiento de su pueblo, dando á las relaciones sociales de entonces el justo valor que tenían, hizo obras admirables que se leerán siempre con gusto. Pero con el tiempo ha cambiado todo, particularmente en Roma, donde alteraciones radicales en el gobierno han producido hondas reformas hasta en lo más insignificante.

Cuando la libertad de imprenta hizo de cada periódico órgano adecuado para la manifestación de ideas, la estatua del mutilado grupo que existe en uno de los ángulos del palacio Braschi, desenterrada y puesta allí por el cardenal napolitano Carraffa, enmudeció, dejando imperecedero recuerdo de otras épocas. Ya no era necesario pegar clandestinamente carteles en la base de una escultura; los deseos y las censuras, las sátiras y las quejas, podían imprimirse á millares, para ser esparcidos por todo el mundo, sin miedo á despotismos autocráticos, que jamás midieron la gravedad del delito para aplicar la pena; sin temor á malos humores y caprichos del momento, que las más de las veces eran los únicos inspiradores de las teorías jurídicas de ciertas gentes: afortunadamente pasaron ya los tiempos en que se perseguía con saña y se castigaba cruelmente á los autores de pasquinadas, en que, faltándose hasta á lo más sagrado, se tergiversaba la promesa hecha, cuando no se faltaba á la fe jurada, para poder castigar á quienes, después de todo, habían cantado la verdad. No queremos parecer exagerados, y entre muchísimos casos escogemos uno. Inmediatamente después de su elección, Sixto V hizo duquesa á una hermana suya, que muchos habían conocido lavandera. La sátira no se hizo esperar, y días después de tan repentino ennoblecimiento, un cartel pegado en la base refería las cuitas de Pasquino, obligado á salir con la camisa sucia, por no tener quien le lavara la puesta. Súpolo el Papa, más carnicero que pastor, y aseguró al satírico la vida, que tenía comprometida, y diez mil escudos, si se presentaba, pues quería conocer y premiar á hombre de tanto ingenio. La codicia, que fué siempre mala consejera, cegó al infeliz aquel y fué tranquilo. Sixto V respetó su vida y le hizo entregar la suma convenida; pero alegando en seguida que sólo á esto se consideraba obligado,

ordenó que el verdugo cortara la mano derecha al desgraciado, como si así pudiera dejar de ser cierto que la lavandera, hermana del pontífice, había sido hecho duquesa.

Tan dura lección sirvió únicamente para probar la fe que debían merecer ciertas promesas, pues la sátira no enmudeció: quienes hablaban por boca de Pasquino, seguros de que el mármol es insensible á cárceles, tormentos y patíbulos, siguieron como antes, pero prevenidos para no caer en la trampa. Ejemplo: un breve de Inocencio X, del 8 de Enero de 1650, prohibía tomar rapé dentro de la basílica vaticana, so pena de excomunión *latae sententiae*. Al día siguiente, en un cartel de Pasquino, se leía la triste interrogación de Job (XIII, 25): *Contra folium quod venta rapitur, ostendit potentiam tuam, et stipulam siccam persequeris?* Gustó al pontífice la oportunidad y manifestó tendría mucho gusto en conocer al oportuno citador; pero como no se había perdido el recuerdo de la felonía hecha por el hermano de la lavandera, nadie se presentó y al pie del versículo apareció á guisa de firma, *Job*. Insistió el Papa prometiendo premio, pero como al par que su deseo aumentaba la desconfianza, la misma mano añadió en el pasquín: *Gratis*.

*
* *

Cuando se quieren conocer usos y costumbres de tiempos pasados, volvemos á repetirlo, los sonetos de Belli bastan, pero en ellos dominan ideas que son también de otros tiempos. Hacía falta un poeta nuevo, poeta que, armonizando la tradición con el progreso, presentara al pueblo de nuestros días. Italia, y particularmente Roma, han tenido la fortuna de hallarlo en César Pascarella.

Jamás hemos querido formar juicio de los hombres por el aspecto. ¡Qué importa lo exterior! Nuestros tiempos no son apropósito para hacer deducciones de este género, y creemos que todas las épocas han sido iguales, ó han debido resultar las mismas equivocaciones que se lamentan ahora, cuando se da á lo aparente valor indebido. Llamar caballero al que gasta ciertos trajes, religiosa á la persona que con aire com-

pungido frecuenta las iglesias, sabio al que habla huecamente de todo, tonto á quien calla, rico al que gasta, es sumamente expuesto y lo habrá sido siempre: ni el sastre puede hacer personas decentes, ni en el templo se manifiesta la conciencia; la palabrería, el mayor número de las veces, es máscara de ignorancia, soberbia; quien calla puede ser humilde y saber sufrir, y ya la mitad del dinero que luce no se sabe á quién pertenece; de modo que estamos obligados á ser prudentes, y peor para los que no lo sean. Ya resulta problemático el dicho que la cara es espejo del alma, pues muchas caras no son lo que vemos, sino químicos resultados de composturas y afeites, y en cuanto á lo de que el alma se asoma á los ojos, no olvidemos que también para asomarse á la ventana el alma se puede poner disfraz. Apegados á estas ideas, tratamos y estudiamos á los hombres, y así hemos hecho con Pascarella, á pesar de la simpatía que por él sentimos, desde el primer momento.

No muy alto, bien de carnes, de color sano, frente espaciosa y ojos cuyo picaresco brillo velan los cristales de las gafas que exige su miopía, resulta la figura agradable de un hombre sin rebuscamientos que indiquen afán de parecer elegante, ni abandonos para que resulten chocantes originalidades. Figura popular en Roma, una vez visto no se olvida sabe ser amigo de sus amigos, es rendido amante de la ciudad artística por excelencia, que tanto va perdiendo; y amena crónica que deleita; sencillo hasta la exageración, cuando pudiera ser soberbio, resulta igual siempre, sin afectaciones ni falsos cumplimientos, y de este modo todos buscan su amistad, nadie está disgustado á su lado. Antes de saber quién era y cómo se llamaba, sentíamos esa atracción misteriosa, generadora de amistades resistentes, esa influencia que produce en uno mismo el talento que bien á las claras se revela en los demás. Nos conocimos en el estudio de un compatriota nuestro, artista de corazón y de mente, honra de España, y establecida la corriente, no tardó mucho en sobrevenir la confianza. Supimos su nombre, que había nacido en Roma en 1858, que era pintor muy distinguido é inspiradísimo poeta. Como poeta lo presentamos hoy á la España,

que tanto quiere y de la que es entusiasta, dejando á un lado vanas prolijidades de sus primeros años y relación enojosa de cómo fué y cómo vino y cómo llegó: nuestra tarea como críticos la hallamos hecha; aun valiendo algo, nos someteríamos al juicio de un hombre de tantos méritos como Carducci, de quien no decimos nada por ser universalmente conocido. El insigne autor de *Ode barbare* y *Levia Gravia*, en el proemio puesto á los sonetos que Pascarella dedicó al memorable episodio de *Villa Gloria* decía: «*Sonetti in dialetto romanesco, originaliche dopo il Belli pare impossibile,—ha trovato modo di farne Cesare Pascarella. Già in quelli del MORTO DI CAMPAGNA e della SERENATA diè a dividedere anni addietro potenza che aveva a instruire e rendere la verità austera. In questi di Villa Gloria il Pascarella solleva di botto con pugno fermo il dialetto alle altezze epiche.*» ¿Para qué añadir más? Y no se entienda que nos plegamos servilmente á la opinión del maestro, *quod magis amica veritas*; nada de eso, es que juicio tan autorizado se confirma, se avalora, á medida que se leen los sonetos del vate popular de la Roma moderna. El estro poético, la maravillosa intuición para analizar sentimientos, la forma sencilla para expresar la verdad, con realismo que no choca, y su habilidad incomparable en el manejo del dialecto que emplea, no hay para qué encomiarlas; nuestros lectores lo verán. Y hay en este punto una observación que hacer: declaró Belli, en una carta suya del 15 de Enero de 1861, que no hacia la traducción del evangelio de San Mateo, en dialecto romanesco, como se la pedía Luis Luciano Bonaparte, porque *questa lingua abbietta e buffona appena riuscirebbe ad altro che à una irreverenza verso i sacri volumi*. Poco, ó mejor nada, de acuerdo se halla esta opinión con la de Carducci, y más estamos con éste que con Belli, pues si bien es cierto que la forma popular de las composiciones hace reír, la melancolía apaga la sonrisa en nuestros labios cuando se entiende el sentimiento expresado.

Siendo imposible publicar todas las poesías de Pascarella, daremos á conocer las que más prueban sus méritos celebrados, que son al mismo tiempo trasunto fiel, pulido espejo de la interesante vida de esta ciudad en nuestro tiempo. El

romano, como todos los pueblos del Mediodía, es vehemente y apasionado; ama con todas las fuerzas de su ser, y odia como ama; alza en su corazón un altar á la mujer que con su belleza ó con su gracia se apoderó de sus pensamientos: egoísta en la posesión, quiere, como nosotros queremos también, que sus miradas nos tuvieran por único objetivo, que las de otro hombre no pudieran llegar hasta ella; pero esto, imposible aquí como en todas partes, motiva celos en el amor correspondido, despecho en el desvío no esperado, y ambas cosas generan malas pasiones que sólo se calman con sangre. Las serenatas, en que los mozos cantan á sus enamoradas el fuego en que se abrasan, son causa de cuestiones sangrientas: acompañados por algunos amigos que se prestan gustosos á un obsequio que obliga á la recíproca, sin que les preocupe la hora tarda, el sitio peligroso, los rigores de la estación, ni las asechanzas de un rival despechado, va tranquilo al pie de la reja, al través de la cual á medianoche lucirá para él sol más radiante que el que brilla á mediodía en el firmamento; va seguro de que á los sonos de los instrumentos, de que á las vibraciones de su voz, la mujer amada dejará el lecho, para soñar despierta lo que sin duda veía en sueños. Pascarella, con cinco sonetos, cada uno de los que es preciadísimo detalle, ha hecho una admirable composición, un conjunto lleno de luz y verdad, en que se ve y se siente desde el pensamiento generador de la serenata hasta su trágico desenlace.

Un romano de Roma, habitante en estrecha calleja, cuyo aspecto no ha cambiado, y Colá de Rienzo mismo podría reconocer, está para acostarse una noche, tarde ya; siente que llaman á la puerta; baja, abre y halla al amigo que le invita para ir á la melancólica fiesta. Decimos melancólica, porque las serenatas tienen siempre algo triste, algo semejante á queja secreta, es manifestación de un deseo, de una aspiración, que roe la duda. Ninetto (diminutivo de Juan) protesta al pronto, pero el vehemente amigo lo seduce con dos palabras, lo anima con una frase y, decidido al fin, se entrega; pero como es hombre precavido y sabe en lo que paran muchas veces ciertas fiestas, hace sus preparativos y en marcha:

Ma l' antra notte stavo p'anná a letto
 Quanno, ch' ede?... te sento 'na bussata
 —Chi é...?—Dice: Vie giù, che so' Ninetto
 Sbrighete, che ho da fatte n' immasciata (1).

Scegno (2), j' apro, me fa, dice: Ah Righetto
 Avemo d' anná a fa 'na serenata...
 Nasce da qui fin qui...—Si' benedetto...
 Ma dico: a st' ora qui?!... co' sta nozzata?

Me fa: Er restante de la compagnia
 aspettace, avanti a l' orzarolo
 Ar vicolo der Pino... Tira via!...

Zompo (3) su a casa, stacco er manolino,
 Pio er cortello, la pippa, er ferajolo...
 E annamo assieme ar vicolo der Pino (4).

No se puede decir más, con menos; la verdad del cuadro resulta sentida; la frase *Nasce da qui fin qui*, que traducimos *Se trata de esto y esto*, es oportunísima: con ella el poeta hace adivinar larga historia de amores, lucha de sentimiento, necesidad de obsequios. Las figuras se delinean admirablemente; Righetto, que en un principio ponía reparos atendibles, cede al fin, y los preparativos que hace rápidamente indican á cuánto va dispuesto, todo lo que puede suceder; Ninetto, vehemente, apasionado, fijo en su idea, acariciando el proyecto que le hace concebir halagüeñas esperanzas, dice poco, dejando comprender mucho, y juntos ya, se dirigen al lugar donde deben hallarse los amigos.

(1) Por ambasciata.

(2) Por scendo.

(3) Por salto.

(4) *La Serenata*.—La otra noche, estaba para irme á la cama—Cuando qué ocurre?... Siento una aldabada.—Quién es?... Contesta: Ven abajo, soy Ninnetto.—Despáchate que tengo que darte un recado.—Bajo, le abro y me dice: ¡Hola, Righetto!—Tenemos que ir á dar una serenata—Se trata de esto y esto.—Pero, bendito seas,—le digo: á esta hora? Con la noche que hace?—Responde: los demás de la compañía—están esperándonos delante al especiero—del callejón del Pino... Anda, pronto!—Salto á casa, descuelgo el mandolino,—cojo el cuchillo, la pipa, el ferreruelo—y fuimos juntos al callejón del Pino.

Ar vicolo der Pino, sur cantone,
Trovamo Peppe Cianca, cor fischiello,
Sciabighella, che armava er calascione (1),
E Schizzo, che portaba l' orghenetto,

Dar cichettaro, li, sott' ar lampione,
Prima se sciroppassimo er cichetto
E doppo annamo dritti p'er Biscione...
Piazza San Carlo... traversamo Ghetto...

Sott' ar Moro, sentimo le campane
De San Francesco batte er matutino!...
Pioviccicava... Nun passava n' canel!

Paremio (2) 'na patuja de sordati,
Ar fine, ar vicoletto der Rampino
Nino se ferma.—E qui?—Semo 'rivati (3)

La descripción, perfectamente estudiada, es justísima; resulta acabado cuadro, hecho con naturalidad pasmosa. Los dos personajes que conocemos, de los que uno lleva el alegre mandolino y el otro debe cantar, encuentran á los compañeros con sus instrumentos: antes de partir toman la mañana, *er cichetto*, de un licorista ambulante, que también aquí los hay, modestos industriales, que hacen de la noche día y giran por la ciudad, esperando su parroquia, compuesta de trasnochadores que parece necesitan fuerzas para llegar al lecho ó de operarios que buscan compensación al dolor de haberlo dejado demasiado pronto y restauro al desfallecido estómago. Después, embozados en la airosa capa romana, se dirigen al lugar indicado, bien lejos por cierto.

(1) *Calascione*, en dialecto romanesco, es la guitarra, un poco mayor que la nuestra.

(2) Por parevamo.

(3) En el callejón del Pino, en la esquina—hallamos á Pepe Cianca con la flauta—Sciabighella, que templaba el *calascione*—y Schizzo que llevaba el acordeón.—Del aguardientero, allí, bajo el farol—tomamos antes un traguito—y después fuimos derechos por el Biscione—á plaza de San Carlo... atravesamos el Ghetto—Junto al Moro, sentimos las campanas—de San Francisco que tocaban el alba—Lloviznaba. . No pasaba un alma—Parecíamos una patrulla de soldados.—Por último, en el callejón del Rampino—Nino se para—Es aquí?... Hemos llegado.

El callejón del Pino se halla en Piazza Madama, donde existe el palacio que fué un día propiedad de Madama Margarita, hija de Carlos V, mujer de Octavio Farnese. Atravesándola en toda su extensión, cruzada la vía de la Sapienza ó de la Universidad, porque allí está la fundada por Carlos de Anjou, la de Sediari y Chiavari, se va á la del Paraíso, nombre que nada justifica, calle estrecha y sucia, donde antes se colocaba la infamante jaula en que ciertos delicuentes eran expuestos á la vergüenza y que por esto se llamaba de la Berlina. Dichas calles llevan al Campo di Fiori, área un día del Teatro de Pompeyo, convertida en los siglos medios en prado: desde allí, por la larga del Biscione, se va á la plaza de San Carlo, camino del Gheto, que ya no existe. El puente que pone en comunicación la isla Tiberina con las dos partes de la ciudad que divide el río, conduce á la Lungaretta, en cuyo extremo se abre la plaza de Santa Apollonia, donde poco distante el uno del otro están el callejón del Moro, desde donde muy bien pudieron oír el alba, sonada por las campanas de San Francisco, iglesia del Trastevere, en que primeramente, en 1229, se establecieron los franciscanos en Roma, y el callejón del Rampino, donde habitaba la amada de Ninetto.

En el tercero de los sonetos hechos por Pascarella, para contar la serenata, se entrevé el comienzo del drama, se pasa de la nota alegre y amorosa al preludio de la catástrofe, que van á provocar los celos.

Li propio, 'n dove c' è la madonnella,
 Che la notte j' accenneno er lumino,
 Io, Peppe Cianca, Schizzo e Sciabighella
 Se mettessimo drento a'n portoncino...

Lui tiró 'n bacio su a'na finestrella
 E incominció a cantá: «Fiore de spino!
 »Più furgida tu sei più d' una stella,
 »Più candida tu sei d' un ginsurmino.

Nun aveva finito er ritornello
 Quanto sintimo 'n fischio in fonno ar vicolo
 —Sangue de Dio! qui nasce 'no sfraggello!

Sortimo fora e je se famo accosto;
 Ma Ninetto ce fà:—Nun c' è pericolo
 Fermi, ha regazzi... 'Mbe, che famo?! Ar posto (1).

Un silbido en casos semejantes, es lúgubre aviso, segura señal de que se acerca un enemigo decidido, dispuesto á todo, irritado por el despecho ó incitado por los celos, que jamás volverá atrás, pues se sabe bajo el peso de la mirada de una mujer ante quien quiere hacer méritos, ó á quien quiere inferir dolor tremendo. El poeta que conoce su pueblo, que ha estudiado sus usos y costumbres, que maneja perfectamente este lenguaje apasionado y conciso de que se sirve, lo hace avanzar entre las sombras de la calleja, que apenas disipa el fulgor de las lejanas é indiferentes estrellas y en cuyo pavimento dibuja caprichosos fantasmas la oscilante lucecilla de la lámpara, que la piedad cristiana enciende aún ante muchas imágenes. Viene mudo de cólera; allí las palabras huelgan: ante un rival la lengua se adhiere al paladar y más que sonidos articulados, si los labios se despegan, es para lanzar rugidos. Rápido en la ejecución de lo que trae pensado, se desembaraza de la capa, que cohibe sus movimientos, y en un instante indivisible, brilla como relámpago la pulida hoja del cuchillo y hiere como rayo. Un corazón abierto segundos antes á todas las esperanzas, que latía amorosamente, deja escapar la sangre á borbotones y con ella huye la vida de aquel cuerpo lozano, que rebosaba salud. Resultan vanos sus esfuerzos para erguirse y cae pesadamente; sus labios lanzan tres exclamaciones que en boca del hombre son resumen de sus ideales: la religión, el amor grato á quien nos dió el ser, la pasión que nos hizo soñar con la felicidad.

Con argumento que basta para un libro, el poeta hizo un

(1) Allí mismo, donde hay una virgencita—á quien por la noche encienden un farolillo—yo, Pepe Cianca, Schizzo y Sciabighella—nos metimos dentro á un portalillo—El tiró un beso á una ventanilla—y comenzó á cantar «Flor de las zarzas—más brillante eres que una estrella—más cándida también que los jazmines—No había terminado el ritornello—cuando sentimos un silbido en el fondo del callejón—Por Dios! dijimos, aquí pasará algo!—Salimos fuera y nos pusimos á su lado—Pero Nino nos dice: No hay peligro—quietos, muchachos, qué se hace? á sus sitios.

soneto y nada le falta; no hay en él una palabra que huelgue; las ideas están expresadas con sorprendente claridad y valentía, los términos son propios y el concepto reviste forma tan adecuada que una escena que en sí no es poética, resulta bellísima.

In tanto fra la nebbia, solo solo,
Veniva avanti un omo incappottato...
Nino se pianta sotto ar lumicciolo,
E ridenno je fa: Ben' arrivato!

L' antro, zitto. Se leva er ferajolo,
L' intorcina e lo butta sur serciato;
Doppo striscianno sotto ar muricciolo,
Je va adosso e l' agguanta qui ar costato.

Quanto se vedde luccicá 'n cortello...
Fece: Madonna mia! Mamma!! Ninnetta!!!
Zittete, che me pare de vedello.

Fece du' passi... s' acchiappó a 'na stanga
De 'na ferrata, sotto a la scaletta
E cascó morto, giu, drent' a la fanga (1).

Desgraciadamente, dramas de esta naturaleza tienen epílogo, donde la nota triste se acentúa. El poeta que nos ha hecho conocer tan bien usos y costumbres de la gente de esta tierra, el poeta con quien hemos seguido paso á paso todos los incidentes de aquella fiesta, degenerada en catástrofe, no podía dejar al interesado lector con la duda que surge inmediatamente. ¿Qué hicieron los demás personajes? Huir, para evitar cuentas con la justicia, hubiera sido innoble; no se

(1) Entretanto, se veía entre la niebla solo, solo—adelantar la de un hombre encapuchado—Nino se planta bajo el farolillo—y le dice riendo: Bien venido—El otro, callado, se quita el ferreruelo—lo hace un lío y lo tira sobre las piedras—Después, rozando contra el muro—le salta encima y le da aquí, en el costado—Apenas si se vió brillar un cuchillo...—exclamó Virgen mía! Madre!!! Ninetta!!!—Callad! me parece estarlo viendo—Dió dos pasos, se agarró al hierro—de una ventana, bajo la escalerilla—y cayó muerto dentro del fango.

abandona jamás á un amigo malherido, y dada la forma del ataque, hay que suponer que los ánimos se encendieron, y así fué, así debe ser cuando los sentimientos son levantados y la sangre que corre por las venas no es fría. Entre los que formaban el grupo, uno, sin duda el más vehemente, Schizzo, arrojó el acordeón, cuyas tranquilas notas regalaban el sueño de la amada, empuñó el cuchillo y corrió en pos del matador; los otros alzaron al infeliz del charco que formó la propia sangre y comprendieron que no había remedio: ni siquiera tuvieron tiempo para satisfacer el último deseo que manifestó, cuando le dominaban ya las ansias de la muerte: expiró con el dolor, más agudo que el de la puñalada, de no ver, antes que sus ojos se cerraran para siempre, á la mujer por quien moría. La tristeza de los amigos tuvo un lenitivo: el alevoso rival que airado, sin provocación ni explicaciones, hundió el cuchillo en el pecho de Nino, no gozará viendo que lo lloran hermosos ojos, no podrá alimentar la esperanza de que un día le permitan hacer comprender la causa que lo impulsó al delito, lo compadezcan, lo perdonen y hasta lo amen, porque el llanto humilde con que suplique borrará de su mano la mancha de sangre: aquel hombre ha pagado su deuda, confirmando lo de que quien á hierro mata á hierro muere; Schizzo le ha dado cuanto merecía y lo comunica á los amigos, gritándoles desde la esquina que huyan.

Ha' visto Schizzo!? Frulla l' orghenetto,
Zompa sur morto cor cortello in mano,
Se mette a fugge giú p'er vicoletto,
E vedemo sparillo da lontano.

Noi j' annamo vicino poveretto!
L' arzamo sú, de peso, dar pantano
De sangue, che j' esciva qui dar petto...
Ancora arifiatava!... Piano piano,

Riaperse l' occhi, e co' la bocca storta,
Dice: Bussate 'n tocco a quer portone
Che vojo arrivedella un' antra vorta!...

E mentre stava a da l' urtimo tratto
 Sintimo Schizzo urlá, giú dar cantone:
 Squajateve, (1) ha regazzi, che l' ho fatto! (2-3).

Estas escenas, aunque no frecuentes, históricas: el cuadro que con mano maestra ha trazado Pascarella es uno de tantos como pueden copiarse de la vida real de este pueblo, pero ¡cómo lo ha copiado! Lo justo de los detalles, lo propio de los términos, el colorido de la frase, dan á todo él realce admirable, prueban excepcionales condiciones de artista y lo ponen desde luego entre los primeros poetas italianos.

A. FERNÁNDEZ MERINO.

(1) Por Squagliatevi.

(2) Por L' ho ammazzato.

(3) Quién vió á Schizzo? Tiró el acordeón—Saltó por encima del muerto con el cuchillo en la mano—corriendo hacia abajo por la callejuela—y lo vimos desaparecer á lo lejos—Nosotros nos acercamos al pobrecillo!—Lo alzamos en peso del pantano—de sangre que le salía aquí del pecho...—Todavía respiraba... Lento, lento—abrió los ojos y con la boca torcida—dijo: Dad un golpe en aquel portón—que quiero verla una vez más!—y en tanto que lanzaba el último suspiro—sentimos que Schizzo gritaba desde la esquina:—Disolveos, muchachos, que la hice!





LA REGENCIA ⁽¹⁾

ORDEN ECONÓMICO DE ESPAÑA

El Ministerio de Hacienda, fiel á sus tradiciones, acosado por la necesidad, impelido por el vértigo, pensando más que nada en el presente, atento á la política de partido, y fiando al destino la suerte de la Patria, vió, ó debió ver, que la deuda flotante, consolidada en parte por medio de la creación de 250 millones en deuda amortizable, que daba, si no muchos años, algunos de respiro; que el *déficit*, con tan grandes deseos manifestados de extinguirlo, no iba á suceder así. Entonces se arbitró el recurso de conseguir del Banco de España 150 millones de pesetas de deuda flotante disfrazada, entregándose 50 millones cada año, los cuales, si no eran el equivalente del déficit reducían éste aparentemente; por lo menos se facilitaba la tregua y se disminuía la alarma.

Ahora bien: un país donde la ficción en cuestiones trascendentales se perpetúa; donde para administrar la Hacienda pública se apela á todos los medios perjudiciales, más que por la intención dañadora por los resultados fatales que sobrevienen, ello es que el mal daña como lluvia de fuego ó

(1) Véase la página 595 del tomo anterior.

como langosta voraz, en fin, como una calamidad pública cualquiera; un país donde los partidos políticos quieren (y pueden conseguirlo), por medio de mayorías parlamentarias comprometidas á todo, llevar adelante los mayores absurdos, los proyectos más desatentados; que por sus consecuencias, ya que no por sus móviles, han de traer crímenes de lesa Nación; un país que no se opone ó no sabe oponerse, por los medios legales que la Constitución le concede, á que los gobernantes fabriquen déficits sin escrúpulos de conciencia, contra todo derecho y contra toda justicia; unas clases ilustradas celosas de sus derechos, que apetecen el bien general, y que, sin embargo, ven impasibles extenderse la inmoralidad política, ven que ésta aumenta, se desborda, invade el sagrado del hogar doméstico, que hoy acaba con una industria, mañana destruye una riqueza agrícola; al suceder así, el desconsuelo se apodera del ánimo, por más que la protesta se levanta como áncora de salvación, no tanto por sus efectos inmediatos, como porque nunca la Providencia abandona á los pueblos donde, como en España, no todos los españoles son políticos, y de entre los que no lo son saldrá indudablemente la salvación por la fuerza de las cosas.

La salvación del crédito público de este modo, que es lo mismo que esperar del tiempo la transformación de las costumbres públicas, transformadas éstas por instinto de conservación y por la ley de la naturaleza social; cuando el estado de derecho se habrá modificado por nuevos Códigos depurados de mucha maleza entre la que se esconden gran número de artimañas; cuando la voz del pueblo será oída, sus palabras y sus actos serán atendidos; con fe en Dios, y esperando que ha de haber hombres de buena voluntad y sólida cultura; cuando en toda la Nación esté difundida la ciencia, haya gusto por el trabajo, satisfacción en el ahorro y se busque la felicidad suprema en la familia, entonces podrá conseguirse lo bueno, que es ahora irrealizable, entonces tendrá aplicación lo que dice León Say definiendo el crédito público:

«El crédito público es la facultad ó el medio que tiene un Estado de encontrar fácilmente quien le preste dinero: el

»crédito supone la existencia de capitales disponibles y tiene
»su origen en la confianza, la que depende á su vez del or-
»den, de la seguridad, de la riqueza de una nación, de su
»fidelidad en el cumplimiento de sus compromisos. El crédi-
»to, como la confianza, admite una gradación muy extensa,
»es relativo, y la opinión da su fallo inapelable sobre el gra-
»do de confianza al cual puede aspirar todo país. Toda ins-
»titución que asegura, pone de manifiesto, explica, en una
»palabra, instruye á la opinión, favorece necesariamente el
»crédito. Bajo este punto de vista puede decirse que el libre
»juego del régimen parlamentario, el planteamiento regular
»de los presupuestos, la publicidad de las cuentas del Teso-
»ro público, su discusión, su intervención eficaz, todo ello
»puede asegurarse que ha contribuído mucho al desarrollo
»del crédito.»

El crédito público supone una confianza muy grande en la honradez del deudor, porque por nada se debe dilatar el pago de los intereses estipulados ni el reembolso del capital. Se trata de la responsabilidad contraída por todo un país, puesto que una nación no tiene bienes con hipoteca especial que estén ellos solos afectos al pago de la deuda contraída; por buena fe, los Gobiernos que se suceden en los Estados cumplen los contratos y obligaciones que han contraído sus predecesores, en atención á que la deuda contraída por una generación á las generaciones subsiguientes corresponde que se hagan solidarias de la palabra empeñada por aquélla, de los contratos firmados y deudas reconocidas. De lo cual resulta que el crédito de un Estado es tanto más sólido cuanto que los contribuyentes tengan una parte más directa en la gobernación de su país. El compromiso es mayor á medida que tuvieron más participación en él las personas llamadas principalmente á cuidar de su cumplimiento.

El crédito público, tal como queda definido, es de institución moderna, como los Gobiernos, con libertad para discutir sus actos, y que tanto han influído para establecer ese crédito. La práctica de los Gobiernos sabios y previsores está en acumular riquezas para poder atender con ellas á los gastos extraordinarios de la conquista y de la defensa nacional.

El crédito de una nación se valora precisamente por el precio á que puede colocar sus empréstitos; este precio se determina por la cotización que tienen los fondos públicos. Las oscilaciones de esa cotización obedecen á leyes muy complejas, que con frecuencia es difícil someter á un buen análisis y sana crítica.

Los abusos del crédito público son perjudiciales para el particular. Ese crédito pone á disposición de los Gobiernos un capital, pero los tributos que establece el Estado para pagar los intereses contribuyen á dañar el precio del trabajo nacional, gravar la industria con una carga permanente, cuyo peso puede destruirla á la larga, y desde luego debilita siempre su desarrollo. Para que no se haga mal uso del capital prestado es preciso evitar que se vea destruído y cuidar de que sea empleado en obras que aumenten la riqueza general en una proporción superior al gasto de nueva creación que sea resultado del empréstito; y este equilibrio, tan difícil de apreciar desde un principio, los gobernantes que dirigen la marcha de la fortuna pública se les ve que no se paran en destruirlo ó en comprometerlo por consideraciones de política y móviles de falsa popularidad.

Con estas ó parecidas palabras se aconseja por la ciencia económica, como madre prudente y de experiencia, á esa multitud de desatentados políticos que pululan por todas las naciones, y que en la nuestra abundan tanto, con audacia y sin reparar en sus medios de acción. Nos referimos ahora á los políticos para quienes es lo mismo la función delegada que la retenida; para quienes están seguros del éxito personal, pues lo tienen asegurado de antemano, porque cuentan además de la inmunidad con la impunidad, y de momento son vencedores.

Tal estado de cosas introduce el desorden aun en aquellos gastos reproductivos de ventajas notorias. El mismo gasto á que obliga el pago de las subvenciones de caminos de hierro corrobora nuestro aserto. Sabido es, se ha dicho en documento oficial, que el importe de las subvenciones aumenta ó disminuye, según el impulso dado á las obras por las Compañías concesionarias, y de aquí que algunos años haya ex-

cedido en sumas importantes el crédito legislativo consignado al efecto y otros haya resultado insuficiente, como acontece con el de 7 millones de pesetas concedido al presupuesto en ejercicio del Ministerio de Fomento por la ley de 29 de Junio de 1890, agotado apenas transcurridos los seis primeros meses del presupuesto, y más que suficiente en años anteriores.

Esta declaración oficial es de importancia, pero la tiene más la siguiente: «Terminadas las causas de paralización de los trabajos, las Compañías respectivas han dado mayor impulso á las obras, aumentando en tal proporción el importe de las subvenciones, que se estiman en 6 millones las contraídas hasta fin de Marzo.» De forma que los tres primeros meses del año natural casi tenían absorbido todo el crédito legislativo. Ciertamente que créditos para gastos reproductivos no pueden condenarse, pero deben estar previstos, pero previsto también el abuso que pueda resultar.

Para este fin, sígase la pista al gasto titulado reproductivo para conocerle el fondo por el resultado que se obtenga. Ni más ni menos que como se hace por un particular de orden, de conocimientos, de contabilidad, que cultiva el campo, plantea una industria ó hace una obra, y que no pierde de vista el capital empleado para enterarse del interés que reporta ó de los beneficios que produce el negocio, la empresa industrial ó lo que quiera que sea la explotación.

La marcha económico-financiera de nuestros gobernantes ha sido sin orden ni concierto. Siempre fué antepuesto el orden político al de la Hacienda nacional.

Sin descender á las impurezas de la realidad por el terreno de esas irregularidades de colorido de brocha gorda, pasando sin querer ver alguna que otra inmoralidad denunciada; sólo con fijar la mirada en la inseguridad y torpe elección de personal, en los errores de que están sembradas las disposiciones legislativas, las ministeriales, un reglamento, un decreto de carácter general, se ve la materia de renta querer que sea considerada como tributo inagotable, elevándolo hasta facilitar el contrabando. Como se ve, abandonar el gasto que es necesario por otro que es superfluo.

Así se explica que haya llegado el caso de que siendo los créditos autorizados para satisfacer las obligaciones del Estado en 1850 de 324.360.905 pesetas, han sido en 1891. 834.193.768

Diferencia..... 509.832.863

ó sea un aumento de 157 por 100, cuyo aumento se distribuye por la *censura* oficial como sigue:

49,28	por 100	Deuda pública.
14,32	»	Ministerio de Fomento.
13,48	»	Idem de la Guerra.
7,86	»	Idem de Hacienda y gastos de las contribuciones y rentas públicas.
6,01	»	Ministerio de Marina.
3,44	»	Clases pasivas.
3,38	»	Ministerio de la Gobernación.
2,08	»	Idem de Gracia y Justicia.
0,48	»	Idem de Estado.
0,20	»	Cuerpos Colegisladores.
0,17	»	Presidencia del Consejo de Ministros.
0,14	»	Colonia de Fernando Póo.
<hr/>		
100,84	»	Que con la deducción por baja de
84	»	Casa Real y cargas de Justicia, hacen
<hr/>		
100	»	representado por un aumento efectivo de
<hr/>		

509.832.863 pesetas. Cuyo aumento, sujeto á comentarios, á ser posible tener una buena estadística y con ella hacer la crítica de las ligerezas, escándalos, contradicciones, hipocresías y punibles descuidos, había de verse, valorando la inmoralidad, todo el cuadro de responsabilidades cometidas por servir á la política de mala manera; por la política consentidas toda suerte de liviandades, coronándola en ocasiones, cuando mereciera más que nada el castigo, regalándola con vítores que debieran ser otras tantas condenas de culpabilidad; y así marchando las cosas, se han invertido los términos

del problema, se quitó del altar de la conciencia pública el temor á los remordimientos, y en su lugar el *dios* Éxito hizo de las suyas, entonándose himnos de alabanza á la traición, dándose plácemes á la inconsecuencia. Mientras que la ciencia de la riqueza de las naciones se desdeña su estudio, con tal desventura que la riqueza española, que parecía inagotable, se ha llegado poco menos que á verse agotada. Pero no, no traspasemos los límites del pesimismo hasta llegar á la desesperación. Que si es verdad que los políticos españoles no pueden, ni podrán nunca, dar cuenta satisfactoria del gasto por deuda pública aumentado en 49,28 por 100 desde el año 1850, el pueblo español, digno, muy digno, de mejores gobernantes, ha sabido sufrir y no desalentar en el desarrollo de los intereses materiales. Andalucía, sufrida y poética; Cataluña, industrial y científica. Estas zonas, como las demás regiones de España, soportan el yugo pesado del desgobierno y persisten por conseguir la libertad del trabajo.

El empeño del pueblo español no puede ser más honroso. Él ve que desde el año 1850 el aumento, unidas las partidas por deuda pública y por las atenciones de clases pasivas, asciende á..... 52,72 por 100.

Que el aumento de Guerra, Marina y Carabineros es de.....

26,06 »

Y que quedan únicamente para los demás servicios.....

21,22 »

100 »

¿Qué se han hecho los desembolsos representados por 52,72 por 100 de los gastos, en virtud de los cuales resulta un aumento en la partida de gastos de 251 millones de pesetas? ¿Podrá explicarse ese aumento por las tres guerras que están enclavadas dentro de ese período de años, del año 1850 al año 1891? ¿Pero podrá explicarse satisfactoriamente la política de Gobiernos que más de la mitad del presupuesto lo necesitan para gastos improductivos?

No pueden darse contestaciones satisfactorias á estas preguntas. Como no puede explicarse satisfactoriamente que el

Ministerio de Hacienda se calle ante la crisis monetaria; es verdad que no puede hacer otra cosa por los derroteros que ha tomado. El Ministerio de Hacienda, para poder satisfacer las necesidades de deuda flotante, obliga al Banco de España á que ponga en circulación un número tal de billetes que resulta puesto en práctica el curso forzoso del papel moneda. El mismo Ministerio, abusando del monopolio de monetizar la plata, vende la moneda por un valor mayor de 25 por 100 del que tiene el metal blanco en el mercado libre; ese Ministerio, que está obligado por el decreto-ley de 19 de Octubre de 1868 á no tener en circulación en el territorio español más que seis pesetas en plata por habitante. Esto no le conviene al Tesoro público (ó cree no convenirle); acuña monedas de plata sin limitación y no quiere acuñar nuevas monedas de oro; y suspende su acuñación, contra los consejos de la prudencia, los deberes de la contratación y la conveniencia del mercado nacional en sus relaciones con el extranjero.

Siéntese la escasez de oro (ha dicho en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el Sr. Villaverde), única moneda internacional en todas partes, con las dos solas excepciones de Francia y los Estados Unidos. Es cierto que los precios no son hoy tan sensibles á las variaciones de producción y valor de los metales preciosos como lo fueron en la antigüedad en los siglos XVI y XVII. Pero no cabe negar que la influencia de hechos semejantes persiste y se mostró bien á las claras en la década de 1850 á 1860, como se ha revelado después en sentido contrario.

Que la cuestión es compleja no puede desconocerse. Razón de más para no olvidarse dilucidarla. Es compleja porque, como dice el Sr. Villaverde, apoyándose en autores de notoriedad universal, «lo que falta en los días álgidos de la crisis es el oro á la par; lo que se siente amenazado y se defiende son las reservas metálicas de los Bancos; lo que preocupa es el desplazamiento de las especies metálicas bajo la influencia de los cambios desfavorables.»

Y como el mismo resultado da á un país pagar por la acuñación del oro 10, 15, 20 ó 30 por 100 de prima al adqui-

rir el metal amarillo, que satisfacer esa prima por medio de cambio internacional al adquirir de la banca por el giro sobre París ó Londres los fondos que es necesario situar en el extranjero, por ahorrarse el Gobierno español los gastos de acuñación del oro, se priva de uno de los signos más importantes de la soberanía de la patria; un Gobierno que viene obligado á situar en el extranjero cuantiosas sumas para el pago de los intereses de la deuda contraída allí; un país donde existen tantos capitales extranjeros invertidos en industrias y explotaciones diversas importantes; un territorio cuyos habitantes les es muy necesario el comercio internacional para atender á las necesidades de la industria nacional y á la satisfacción de multitud de necesidades; en fin, un suelo que le interesa cambiar con el extranjero su inmensa, rica, variada y barata producción vinícola, no le conviene mirar con indiferencia el cambio internacional.

Mas nada detiene á nuestros gobernantes; la cuestión monetaria, como ha dicho este año en el Ateneo de Madrid don Gabriel Rodríguez, tres años después de publicado el estudio del Sr. Villaverde, la cuestión sigue en pie y agigantada; que gigante se presenta la crisis por la falta de oro en España, y tan gigante, que amenaza abrumar bajo su peso á los españoles, sin que por parte de éstos se vea preocuparse con la atención que el caso requiere de un estado de cosas que tiene todo el aspecto de la *mendicidad* del oro.

Vemos que cuando en Abril de 1891 se presentaron los presupuestos de 1891-92, que urgía ya preocuparse de no estimular artificialmente la circulación del papel-moneda, sin embargo, se estimuló y se fomentó, postergando resolver la cuestión de facilitar la circulación del oro para ir al estado normal, como hizo no hace tantos años Italia y ha hecho recientemente Austria-Hungría. Sobre todo, negarse, quien tiene obligación de acuñar oro, á acuñarlo, como sucede con el Tesoro público, y negarse el Banco de España á pagar con oro sus billetes, que es uno de los fines ineludibles de su creación, es el absurdo de los absurdos, el abuso de los abusos, y una amenaza constante en el orden económico á toda la riqueza existente. Es tanto como conculcar el derecho y

perturbar el sosiego público para empeorar la situación, haciendo más duradera la crisis.

Tócanse las consecuencias de haber complacido á la democracia el partido liberal español, ocupándose antes que de hacer reformas económicas radicales en hacerlas políticas; tócanse las consecuencias de haberse contentado con éstas el partido conservador español y no haberse decidido á realizar radicalmente las reformas en el presupuesto del Estado para ponerle en armonía con la vida moderna política inaugurada.

Así se explica que el presupuesto de 1891-92 esté representado en esta forma:

	<u>Pesetas.</u>
Por ingresos.....	733.785.728
Por gastos.....	752.703.928
	<hr/>
<i>Déficit declarado...</i>	18.918.200
	<hr/> <hr/>

Mientras que el presupuesto de ingresos calculado para 1890-91 fué por la ley de 29 de Junio de 1890 805.581.387, y considerada esta cifra de difícil realización, se redujo para 1891-92 en 71.765.659 pesetas; cuando los gastos presupuestos para 1890-91 fueron 811.413.416, reduciéndose éstos, por ofrecimientos hechos para 1891-92, en 58.709.488 pesetas.

Por Real decreto de 29 de Junio de 1889 se había dispuesto que rigiesen en el año económico de 1889-90 los presupuestos aprobados por la ley de 7 de Julio de 1888, cuyos presupuestos en el año de 1891 se veía que arrojaban los resultados siguientes:

Presupuestos de 1889-90: Ingresos.....	837.107.066
Mas los reconocidos y liquidados fueron sólo	
de.....	770.188.679
	<hr/>
Error del cálculo de ingresos.....	66.918.387
	<hr/>
Calculándose por gastos.....	804.413.704
	<hr/> <hr/>

Por último, los ingresos obtenidos ascendieron á.....	740.608.910
Las pagos ejecutados ascendieron á.....	802.347.521
	<hr/>
Déficit.....	61.738.611
	<hr/>

Si no estuviesen los españoles acostumbrados á sorpresas desagradables, habían de quedarse estupefactos al enterarse de errores de tanto bulto y tan trascendentales para la riqueza pública. Esta, que la gente laboriosa se afana uno y otro día por su acrecentamiento á fuerza de trabajo penoso; las privaciones que impone la previsión del día de mañana; las contrariedades naturales que reducen frecuentemente las ganancias de cada particular, ya que no le priven de alcanzarlas ó le reduzcan á la miseria; el espectáculo que se da ante las naciones civilizadas, apareciendo con la nota de informal la nación española, ya que no llegue á merecerla de insolvente, nada arredra á la política española, aunque sea un error de 7, 8, 9, 10 por 100 el que aparezca en el cálculo de los presupuestos; sin considerar el trastorno que se causa al ciudadano español y lo que sufre el crédito nacional en el extranjero.

Condensando resultados de cálculos de presupuestos, tenemos el total siguiente:

802.347.521	pesetas pagos ejecutados por el presupuesto de 1889-90.
811.413.416	íd. gastos presupuestos para 1890-91.
752.708.798	íd. íd. íd. para 1891-92.
<hr/>	
2.366.469.735	íd. total de gastos en tres años económicos.
<hr/>	
740.608.910	íd. ingresos obtenidos por el presupuesto de 1889-90.
805.581.387	íd. íd. calculados por el de 1890-91.
733.785.728	íd. íd. íd. por el de 1891-92.
<hr/>	
2.279.976.025	íd.; total de ingresos en tres años económicos.
<hr/>	

Tenemos, pues, balanceadas las dos sumas, el resultado en esta forma:

Gastos.....	2.366.469.735
Ingresos.....	2.279.976.025
	<hr/>
Exceso de gastos.....	86.493.710
	<hr/>

cuya diferencia queda sujeta á rectificación; y además tén-gase presente que los ingresos son, unos naturales, y otros artificiales.

Ciertamente que esa diferencia tampoco debiera ser alar-mante si se confiase en su exactitud, confianza que la expe-riencia aconseja no tenerla. Igualmente no habrá que olvidar que, al reducir los gastos, si se desatienden los servicios in-dispensables, resultarán más males que bienes; y si se refuer-zan los ingresos con tributos que ataquen el desarrollo de la riqueza, debilitándola, por el momento tocará la ventaja el Tesoro público; pero no tardará en resentirse la renta que haya quebrantado el vigor de la materia tributaria para el porvenir.

ANSELMO FUENTES.

(Continuará.)





AÑORANZAS

Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer.

Mi respetable y querido amigo: Acabo de leer el ejemplar de su último libro, con que me ha hecho la merced de agasajarme, y escribo estas líneas para darle las gracias por su bondadosa atención.

No he de hacer el elogio de la obra. Me lo veda la afectuosa amistad que, salvando diferencias políticas, á usted de antiguo me liga, porque el afecto sincero y vivo es, como su opuesto sentimiento, sobrado motivo para que se inhiba quien de justo se precie, por cuanto no puede menos de traslucirse en el juicio lo que hay en la voluntad, desviándolo del fiel con la fuerza de la propia inclinación.

Y la prueba saltó ya en el enunciado mismo de la idea al escribir lo de hacer «el elogio» de la obra, allí donde debió leerse «emitir una opinión» acerca de ella.

Pero ya que no juzgar ese libro que usted ha dedicado á sus amigos, sustrayéndolo á la venta, séame al menos permitido felicitarle por el título de la obra: *Añoranzas*.

No es que intente subrayar el acierto de haberle dado por nombre un vocablo que tan bién sintetiza lo que hay de común en el espíritu de las tres producciones contenidas en el

volumen. Es un propósito de otra índole el que me mueve á insistir sobre esto, pues entiendo que usted, como Castelar y como Menéndez Pelayo, al emplear la palabra en cuestión, prestan un servicio al idioma patrio. ¿Por qué?

Voy á decírselo; pero el asunto exige párrafo aparte.

*
* *

Reconstruimos las imágenes de cuanto ha sido presente á nuestro espíritu, y para designar esta función mental en sus diversos aspectos y en sus distintas formas, disponemos de las palabras recuerdo, recordación, memoria, rememoración y reminiscencia, además de otras anticuadas, como recordanza y remembranza, vocablos todos que se refieren al fenómeno *mneumónico* en sí, esto es, á la reproducción de la imagen, sin decir relación á estado alguno especial de la sensibilidad.

Para expresar algunos de los estados á que me refiero, contamos en nuestra lengua con voces como melancolía, morriña y nostalgia.

Caracteriza á la melancolía la ausencia de una causa conocida para aquel en quien se produce, si hemos de creer á nuestro gran Calderón cuando dice (1):

Nace sin ocasión, y así es la mía,
que aquella distinción Naturaleza
dió á la melancolía y á la tristeza.

Significa morriña, según el Diccionario de Autoridades, «mortandad, con especial aplicación al ganado,» y vale también, según el mismo Diccionario, «como sinónima de tristeza ó melancolía.» Aplícase aún más especialmente, como es sabido, en nuestras provincias de Galicia, á la congoja producida en el ánimo por la ausencia de la región natal.

Más refinada y culta, con su abolengo clásico, aparece nostalgia (de *nostos*, regreso, y *algos*, dolor) para designar el

(1) *No hay cosa como callar*, jorn. 2.^a, esc. II.

padecer que origina el vehemente anhelo de regresar á los lugares que fueron testigos de nuestras alegrías primeras y de nuestros primeros dolores.

Pero queda un fenómeno psíquico al que dar concreta y precisa expresión en un vocablo.

Me refiero á la complacencia de evocar hechos pasados que forman parte de nuestra propia personalidad como miembros de un pueblo, como pedazos palpitantes de un mundo ideal que es el mundo de nuestro espíritu, como entidades *estéticas* (en su propia acepción etimológica) que esos hechos han venido á determinar, de los cuales somos, en cierto modo, un resultado viviente. Esta es, á mi entender, la significación de la palabra añoranza, y de su significación se desprende para mí la razón de su existencia, el reconocimiento de su necesidad y la necesidad de su reconocimiento.



Como entran á generar nuestra vida elementos físicos ó naturales y elementos morales ó psíquicos, de igual modo se dan en el recuerdo.

Hiere la sensibilidad y concurre en el proceso de nuestro desenvolvimiento personal, la contemplación de paisajes limitados por bosques seculares, perdidos en la línea horizontal de extensas llanuras, encuadrados en altísimas montañas en cuyos elevados lomos cabalgan las nubes, ó abiertos sobre la ilimitada planicie del mar. Y con el paisaje, el clima, los alimentos, los aromas, el cielo y la luz. Al lado de estas manifestaciones naturales del país hállanse las de sus habitantes: las líneas fisonómicas que producen la *facies* regional, todo lo que caracteriza su manera especial de hablar y de decir, en los modismos y dejos de los provincialismos, en la contextura del dialecto ó en la arquitectura del idioma, en cuanto se sienten estos como conjuntos de sonidos que á los sentidos afectan.

Junto á estos elementos físicos ó naturales aparecen aquellos otros de índole moral ó psíquica, como esa misma espe-

cial fisonomía del lenguaje, en cuanto revelación de una vida interior con carácter propio, y con el habla considerada bajo este aspecto, todo el mundo de representaciones mentales que, ya revelan una especial manera de concebir y expresar lo bello (arte), ya una particular modalidad en la realización de la vida racional (filosofía é historia).

Si predominan, pues, en el recuerdo los elementos naturales, cabe sentir morriña ó nostalgia, esto es, el anhelo ó la necesidad de contemplar de nuevo paisajes, aspirar aromas, respirar brisas, ver y oír á gentes que tienen un determinado parecido y hablan de una peculiar manera, etc., etc.; y si prevalecen aquellos aspectos del pasado que han constituido como la nebulosa de nuestra vida intelectual y moral, de la que se han formado los soles y los astros que con sus rayos ó sus reflejos iluminan nuestros gustos y trazan la órbita de nuestras acciones, para expresar el sentimiento que experimentamos se nos ofrece la palabra añoranza.

Para exponer más claramente como entiendo la significación de estas palabras, me valdré de un ejemplo.

Cuando en las lejanías de la ausencia acude á mi mente el recuerdo de los encantos de mi tierra: aquel cielo que deslumbra por su diafanidad y transparencia y que llevó á alguno de nuestros antiguos escritores (1) á buscar en los textos bíblicos la razón de que apareciesen más grandes y más luminosas las estrellas en las Indias Occidentales que en el viejo continente; sus paisajes esmaltados por los *bambúes* de nudosa caña y menudas hojas, las palmas de airoso tronco y aérea copa, los *mangoes* de espeso y brillante follaje, á la sombra del *guamá* los apiñados cafetales de niveas flores y ovaladas esmeraldas que al madurar se truecan en granos de coral, y al desecarse, en cápsulas doradas guardadoras del preciado dinamóforo; las vegas sembradas de la gentil graminea cuyos esbeltos tallos y alargadas hojas ondulan á las suaves presiones de la brisa, y cuyo dulce *guarapo* brota espumoso entre las cilíndricas *mazas* del viejo *trapiche* de cóni-

(1) Acosta (P. José).—*Historia natural y moral de las Indias*.—Sevilla, imprenta de Juan de León, 1590.

ca techumbre, donde giran los tardos bueyes, á los que animan con sus cantos y sus gritos, tanto como con sus garrochas, los chicos de la *hacienda*; las alturas de la montaña en cuyas cumbres las palmeras se divisan indistintas en las brumas perezosas de la madrugada, perdiéndose las líneas de los troncos y apareciendo sobre el fondo azulado los penachos como sostenidos por maravilla en el aire mismo; los trajes claros de nuestras mujeres, de nuestras mujeres, que tienen en la voz acariciadoras entonaciones y melódicas cadencias, y en su tez de camelia, con las transparencias de sus venas azuladas, los prodigios del nácar, y el tono más suave de las rosas, acentuándose éste con mayores energías á medida que se sube por el interior de la Isla, hasta alcanzar las tonalidades intensas que colorean las mejillas de las mujeres en las zonas templadas y frías, en que el carmín y la nieve sustituyen al nácar y á la rosa; cuando recuerdo, en una palabra, todo lo que la Naturaleza nos da de característico y propio, así en el paisaje como en el paisanaje, siento la nostalgia de mi Antilla y exclamo con Gautier Benitez:

¡Bello jardín, de América el ornato,
siendo el jardín América del mundo!

Pero en los momentos del culto á «la religión de los recuerdos,» cuando van presentándose á la imaginación las ideas y los hechos que retratan la fisonomía moral de mi país: la silueta borrosa de sus aborígenes, que por no conocer otro mayor consideraban el robo como el más horrendo de los delitos, castigándole con el más terrible de los males que una sociedad inculta y salvaje puede soñar y estatuir—con la pena de muerte,—sin que la gracia corruptora del indulto cupiese en sus virginales almas; las vicisitudes primeras del establecimiento allí de nuestra civilización; el arrojo y el denuedo con que pelearon aquellos colonos por sostener la causa de una nacionalidad que amaban, contra los extranjeros que una vez y otra intentaron en vano arrancarnos aquel trozo del patrio mapa; la iniciación á la vida política de la colonia que se realiza con el primer manifiesto

de Baldorioty Castro; sus luchas por la abolición de la esclavitud, empezando por constituir sociedades para libertar á los recién nacidos, sin que les detuviera la tacha de separatistas ni las persecuciones sufridas por los que no aceptaban una institución cobijada bajo la bandera roja y gualda, cual si la patria la constituyeran sólo los errores de aquellos de sus gobernantes que fueren dóciles á los intereses dominantes en su época, y como si ésta no hubiera de pasar y no hubiera de quedar aquélla para rendir tributos de admiración y de gratitud á los que batallaron por hacerla más justa y más humana; aquella lucha que constituyó el empeño más ardiente del pueblo insular y concluyó por ser tan española, que, á llamamiento de un puertorriqueño residente aquí, acudieron sin vacilar hombres ilustres nacidos en todos los ámbitos de la Nación, desde Cádiz á Asturias y desde Cataluña á Galicia, naturales de las islas adyacentes é hijos de la Gran Antilla, republicanos y monárquicos, que en esa labor adquirieron merecida gloria y prestaron á la patria altísimos servicios; los esfuerzos gigantescos de nuestros primeros reformistas para la afirmación racional y legal de la unidad de la Nación, aspiración cantada como el más vivo de sus amores por nuestros poetas, con las exuberancias de una fantasía que une al fuego del sentimiento meridional de los árabes la idealidad de la inspiración cristiana: cuando todo esto pasa por mi espíritu, latiéndome algo con fuerza en el lado izquierdo de la caja torácica, digo que siento añoranza, la añoranza de aquellas ideas, de aquellos días y de aquellas luchas por rectificar errores é injusticias y repito con el poeta:

¡Borinquen, nombre al pensamiento grato
como el recuerdo de un amor profundo!

*
* *

Y concluyo, porque creo haber expuesto el motivo de la felicitación que le dirijo por llamar, con la campanilla de oro del arte, la atención de sus lectores sobre una palabra que expresa, con añoso prestigio regional, un fenómeno psicológico que en nosotros se da, pues fuera mengua que hubiéramos

mos de pedir á lenguas extrañas lo que nos brinda espontánea la propia patria española.

Y si la docta corporación á que usted pertenece, que ha aceptado á «morriña» y á «nostalgia,» no ha recogido aún la palabra «añoranza» en su seno, ya llegará el día en que le ponga el cuño oficial. Porque con las palabras ocurre lo que con las monedas: para tener una de éstas corriendo de mano en mano, ha sido preciso que las gentes que no han arañado en la superficie de la tierra como las que pasan irreflexivamente por la expresión de sus propios sentimientos, hayan sido precedidas por mineros y pensadores que, penetrando con valor en el fondo de la mina ó en lo hondo del sentimiento, hayan arrancado un pedazo del filón y lo hayan sometido al troquel del corriente convencionalismo.

Le repito, pues, con las gracias por su bondadosa atención, mi cordial enhorabuena por el título de ese último libro que ha publicado usted, para deleite de los que, además de sus admiradores, tenemos la ventura de ser sus amigos.

F. DEGETAU Y GONZÁLEZ.

Madrid y Marzo 94.

Postdata. En el momento en que corrijo las pruebas de este artículo, llega á mis manos el *Discurso* leído en la solemne inauguración del nuevo edificio de la Academia Española por el Presidente de la misma, Sr. Conde de Cheste, el cual, al hacer referencia á la *Antología de los poetas hispano-americanos*, habla de los que «como Bello» han «sublimado en versos inmortales las bellezas y las sentidas añoranzas del suelo en que nacieron.»

Vea, pues, mi ilustre amigo cómo el vaticinio empieza á cumplirse, aun antes de hecho publico, saltando la palabra, por ineludibles exigencias del pensamiento, de los labios mismos del Presidente en aquella sesión á que asistía, para mayor solemnidad, el actual Jefe del Estado. Paréceme que, si el reconocimiento de *añoranzas* no ha tenido lugar *oficialmente*, no podía la palabra ser empleada de modo ni en ocasión más *oficial*.



La Redención de cautivos por los Religiosos Mercenarios

DURANTE LOS SIGLOS XVII Y XVIII (1)

XIV

En el año 1768, determinó Carlos III hacer un canje de los cautivos cristianos que había en Argel, por algunos centenares de moros que tenía en su poder; parece que fué inducido á ello por el Rey de Marruecos, con el cual estaba en excelentes relaciones. Así lo da á entender el Marqués de Grimaldi en una carta á Hamet-el-Gazel con estas palabras: «Conociendo el Rey la mala fe de los argelinos, su codicia y su irregularidad en cuanto tratan, estaba muy resuelto á no entrar en tratos con ellos en negociación de canje ni rescate; pero pudieron tanto en su ánimo las instancias del Rey de Marruecos, que al fin condescendió.»

Escribió el Ministro citado á los Generales de los Religiosos Mercenarios y Trinitarios, encargándoies que reunieran cuantos fondos tenían con destino á la Redención de cautivos, y fueron encargados de negociar el pasaporte y sus condiciones Fr. Manuel Rozalén, Rector del Hospital de Argel, y el Embajador marroquí en esta ciudad, Hamet-el-Gazel.

(1) Véase la página 507 del tomo anterior.

En el trato que ambos hicieron con la Regencia de Argel, se acordó que se daría capitán español por capitán argelino, hasta completar el número de 26 de cada nación. En cuanto á los demás cautivos, se canjearían á razón de un marinero cristiano por dos moros. Los que se rescataran habían de ser prisioneros de guerra. Dióse á los Religiosos un pasaporte, á fin de que todos los corsarios, incluso los de Túnez y Trípoli, no les molestaran en lo más mínimo. Á tal grado había llegado el orgullo é insolencia de los argelinos y la timidez de nuestros Gobiernos, que permitían éstos la injusta cláusula mencionada, de entregar dos argelinos por un español, con mengua de la dignidad patria; de este modo se dieron en canje 256 cautivos cristianos por 512 moros. Como era acostumbrado, se pagó el tres por ciento de la suma destinada á la Redención y 40 pesos por cada uno que se rescató; además hubo los consabidos *aguatis*, esto es, cierto número de cautivos pertenecientes á algunos dignatarios, que se habían de tomar á precios convenidos de antemano, de ordinario bastante crecidos.

No pocas dificultades surgieron con motivo de la codicia de los moros, y tales fueron, que el Marqués de Grimaldi se vió obligado á escribir á Hamet-el-Gazel, diciéndole que España deseaba escarmentar á los piratas argelinos. Le representaba lo imposible que era acceder á las exigencias de éstos, quienes pedían 40.000 pesos por el rescate de diez patronos de embarcación y 1.000 por D. Pablo Robledo y un criado suyo.

Habían de ser rescatados en primer término los apresados en navíos de España ó territorio de ésta; después los que lo hubieran sido en naves de otra nación por los moros, y luego los extranjeros que hubieran servido en el ejército ó buques españoles; pero de ningún modo se rescatarían los desertores de los presidios que teníamos en Orán. Contábanse para tal efecto en las cuatro arcas de Redención de la Corte 11.518.154 reales.

Empezóse el canje según se había convenido, esto es, dando dos moros por un español, y desde 14 de Octubre hasta el 6 de Noviembre se rescataron 566 cautivos.

Disgustaba profundamente al pueblo de Argel el que las redenciones no se hicieran á dinero, pues esto es lo que realmente deseaba más que la libertad de sus hermanos; tanto llegó á crecer la exaltación popular, que atentaron contra la vida del Bey. «Á las ocho de la mañana, dice un testigo presencial, se oyó en esta casa de la limosna un trabucazo y á breve rato avisó el turco guardián de la puerta que habían muerto al Bey al tiempo de estar haciendo la paga á sus soldados, y que era muy posible que la gente entrase en la casa y peligrase el caudal; permanecieron todos cerrados hasta que se sosegó el alboroto y avisó el truchimán que el Bey no era muerto, aunque estaba herido. Los Padres le encomendaron pasase á palacio á cumplimentar al Rey en su nombre la enhorabuena de haberle Dios librado, á lo que respondió el Bey que lo estimaba y que *morir así era usanza del país* (1).

Empezóse á poco tiempo la redención de los cautivos de particulares y 530 cristianos recobraron la libertad, sin contar 287 tabarquinos. Eran éstos naturales de la isla de Tabarca, situada en la costa de Túnez, la cual perteneció á la República de Génova hasta el año 1798; en Junio de 1741 fué devastada por los tunecinos, quienes se llevaron todos sus habitantes, que fueron trasladados á Argel en 1756. Determinó Carlos III, que todos ellos fueran rescatados y conducidos á la isla de San Pablo, que está frente al puerto de Alicante, para que allí residieran. Convinieron los Padres Redentores con el Bey en que se pagaría por cada tabarquino 600 pesos; el Bey hizo alarde de su generosidad, dando por libres dos criaturas que aún no habían nacido (2).

XV

Nada más variable que el precio de los cautivos; dependía éste de la edad, condición social y otras varias circunstancias; por regla general era algo menor en Marruecos que en

(1) Oo-35. fol. 115 y 116.

(2) Acerca del cautiverio y penalidades de los tabarquinos, pueden verse para más detalles tres interesantes cartas de Fr. Bernardo Pascual de Almancaja, escritas en el año 1750. F. 301.

Argel y Túnez. En el primero de estos puntos fué en los años 1641 y 1708 de 2.000 reales, mientras que en Túnez fué por término medio en 1725 de 325 pesos. Cuando se trataba de personas tenidas por ricas ó que habían ocupado puestos importantes, el rescate no bajaba de 8 á 10.000 pesos. Hé aquí algunos datos sobre el particular, referentes á Argel:

Arancel de los precios en que comúnmente se rescataban los cautivos en Argel, durante el siglo XVIII.

	Pesos.
<i>Niños de pecho hasta siete años.</i>	
Si eran esclavos del rey.....	1.057
Si de particulares.....	457
<i>Muchachos de siete á catorce años.</i>	
Los de la Golfa del rey.....	1.057
Los demás.....	200 á 300
<i>Mujeres cautivas.</i>	
Si eran del rey.....	1.057
Si de particulares.....	240 á 700
<i>Esclavos adultos.</i>	
Los que estaban al servicio del rey.....	557
Los de Maestranza.....	457
Los marineros.....	307

Si los cautivos eran tenientes, capitanes, sacerdotes ó personas tenidas por ricas, su precio era de 1.000 ó más pesos (1).

(1) Fr. Juan de Talamanco. «Dictamen práctico sobre si se pueden y deben vender á los moros sus moros apresados.»

El P. Talamanco, que era natural de Horche (Alcarria), fué uno de los más distinguidos Redentores del siglo XVIII; hizo varios viajes á Argel y se mostró celoso en extremo en el cumplimiento de su elevada misión. Es autor de varias obras y opúsculos que aún están inéditos, como son los siguientes:

El rescate del Gobernador de Mazagán, hacia el año 1620, costó 36.000 ducados, y el de D. Manuel Capetillo, en 1788, 14.000 pesos; éste había sido recomendado por el Conde de Floridablanca.

XVI

Para que se tenga alguna idea del número de cautivos rescatados por la Orden de la Merced en los siglos XVII y XVIII, publicamos algunos datos tomados de los manuscritos originales que se conservan en la Biblioteca Nacional, en el siguiente:

Cuadro estadístico de la Redención de cautivos por los Religiosos Mercenarios de España, durante los siglos XVII y XVIII.

Años.	Ciudades en las que se verificó la Redención.	Número de cautivos rescatados.
1607	Tetuán.....	66
1609	Idem.....	177
1611	Argel.....	127
1612	Ceuta.....	128
1615	Tetuán.....	68
1625	Idem.....	99
1627	Argel.....	157
1633	Tetuán.....	197
1634	Argel.....	519
1635	Tetuán.....	92
1640	Idem.....	220
1645	Idem.....	211
1648	Idem.....	236
<i>Suma y sigue.....</i>		2.297

«Noticia de las Reliquias de los que se suponen Santos en Almadrones, lugar del obispado de Sigüenza.»

«Noticia del viaje que hizo á la ciudad de Argel en este año de 1725 el Redentor Fr. Miguel Pareja.»

«Historia de la imagen que se venera en el Convento de la Merced de Huelva.» I vol. 4.º perg.

«Collectio bullarum ac Constitutionum Ordinis Beatæ Mariæ Virginis de Mercede.»

Todas éstas se hallan manuscritas en la Biblioteca Nacional.

Años.	Ciudades en las que se verificó la Redención.	Número de cautivos rescatados.
	<i>Suma anterior</i>	2.297
1651	Argel.....	240
1660	Idem.....	392
1664	Idem.....	263
1667	Idem.....	211
1669	Idem.....	191
1678	Idem.....	450
1679	Idem.....	519
1680	Idem.....	450
1682	Idem.....	436
1686	Idem.....	308
1702	Idem.....	455
1708	Idem.....	125
1711	Idem.....	280
1713	Idem.....	197
1717	Idem y Túnez.....	281 (1)
1723	Idem.....	425
1724	Idem.....	283
1725	Idem.....	615
1726	Túnez.....	19
1730	Argel.....	345
1733 á 1735	Idem y Túnez.....	1.077
1738	Idem.....	418
1739	Idem.....	392
1741	Tánger.....	60
1751	Argel.....	437
1752	Idem.....	239
1759	Tetuán.....	88
1768	Argel.....	1.383
1787	Idem.....	376
1798	Idem.....	184 (2)
	TOTAL	13.434

(1) De estos fueron rescatados 40 por encargo del Cardenal Belluga, que dió para tal objeto 70.000 pesos.

(2) Aunque ignoramos el número de cautivos que fueron rescatados en otras Redenciones, sabemos que éstas se celebraron en Argel los años 1668, 1706, 18, 28, 29, 36, 50 y 65; en Túnez el 1729; en Orán el de 1731, y en Marruecos los de 1737 y 58; todo esto consta de los pasaportes originales y de otros documentos que se conservan en la Biblioteca Nacional.

XVII

No es posible calcular exactamente el número de cautivos rescatados en los siglos XVII y XVIII por la Orden de la Merced de España, pero sí con alguna aproximación.

La mayor parte de los años se verificó la Redención, y á veces en varios puntos simultáneamente, como el de 1275 que tuvo lugar en Argel y Túnez. Únicamente desde 1739 á 1750 estuvo suspendida por las preocupaciones extendidas en contra de ella, pues afirmaban muchos que no era sino un aliciente de la piratería. El P. Rábago, confesor de Fernando VI, combatió tales errores. Desde el año 1655 al 69 se hicieron once Redenciones generales y dos particulares, rescatándose más de 2.200 cautivos, y desde Abril de 1723 á Mayo de 1725 alcanzaron la libertad 1.077, y esto solamente por las provincias de Castilla y Andalucía. En vista de estos datos, puede afirmarse con bastantes probabilidades, que los Religiosos Mercenarios de España daban cada año la libertad á 350 ó 400 cautivos por término medio; de manera que, en los siglos XVII y XVIII rescataron el considerable número de 70 ú 80.000 cristianos que gemían bajo el yugo de la más dura servidumbre (1).

¡Cuántas fatigas, qué sinnúmero de peligros, qué de sufrimientos no supone una obra tan admirable como es sacar de las cadenas tantos millares de cautivos! ¿No es verdad que los que tamaña empresa realizaron, movidos únicamente por la más santa caridad, merecían siquiera, que en el lugar donde se levantaba su convento y aquella iglesia cuyo pavimento habían regado con lágrimas de gratitud y de alegría innumerables cristianos rescatados, se les erigiera un magnífico monumento que celebrara sus glorias, en lugar de colocar la estatua del Ministro que despojó de sus bienes á

(1) Los Padres de la Merced de Italia y Francia trabajaban también con ardor en la redención de cautivos. Los de esta última nación rescataron en Argel, el año 1752, 239 cristianos, y en el de 1785, 313.

todas las comunidades religiosas? (1). Pero si el mundo no les ha hecho justicia, Dios habrá recompensado largamente su heroísmo, y las cadenas ensangrentadas de tantos cautivos á quienes dieron libertad habrán pesado mucho en la balanza del Señor, á cuyos ojos serían más preciosas que el oro.

XVIII

Con extraordinario júbilo eran recibidos los cautivos cuando llegaban á los dominios de España. No solamente palpitaban de gozo los corazones de los parientes y amigos, sino los de cuantos en nombre de la patria y del cristianismo aborrecían el yugo musulmán; los descendientes de los que pelearon por espacio de ocho siglos contra el Corán, no podían ver sin emoción cómo sus compatriotas habían sacudido las cadenas con que los aherrojaban nuestros enemigos tradicionales. La llegada de los Padres Redentores con los rescatados se celebraba con procesiones y otras solemnidades religiosas y civiles.

Cuando á fines del siglo XVI el P. Rodrigo de Arce rescató en Argel 300 cautivos, fué recibido en Sevilla «con el mayor aplauso que jamás se vió; acompañáronle todas las religiones, clero y cabildos; hiciéronle salvas la artillería de muchos navíos que á la sazón se hallaron en el río; también salió á su recibimiento la infantería y milicia sevillana con arcabuces y sonido de cajas y pífanos y atambores, y lo que jamás se ha hecho, si no es á la entrada de Reyes, la Torre del Oro disparó sus piezas para solemnizar este maravilloso rescate» (2).

Veamos cómo fueron recibidos los Redentores y cautivos en la ciudad de Ceuta el año 1741:

(1) El convento de la Merced de Madrid hallábase donde hoy la plaza del Progreso, y la estatua aludida es la de Mendizábal, principal autor de la desamortización eclesiástica.

(2) Vida del P. Rodrigo de Arce. T. 319, fol. 2.

«El estruendo de las campanas previno un numerosísimo concurso. En la plaza del Real Hospital y en su capilla se dió principio á la procesión. Iban abriendo el camino á los golpes de sus ecos todos los pífanos y cajas de la Plaza, y seguían los clarines de la caballería. Distribuídas en hileras las insignes cofradías de San Juan de Dios, San Antonio y Santa Bárbara, iban con las divisas de sus estandartes. Sonaban obsequiosos los oboes y trompas del regimiento de Zamora. La Emperatriz de los cielos se dejaba ver en un estandarte llevado por el Gobernador de la Ciudad. En dos filas, precedían los cristianos redimidos y dos Padres Redentores que llevaban en sus brazos un niño y una niña que sacaron de las garras del dragón mahometano, ocasionando con la ternura de este objeto la compasión y alabanzas debidas al Señor. El Prelado caminaba asistido de su cabildo. Celebróse el triunfo por las principales calles de la Almina y Ciudad, saludada de los cañonazos que disparaban las embarcaciones; llegóse á la Catedral; uno de los Redentores dió gracias en un sermón, cerrando con el *Tedéum* la solemne función de la piedad» (1).

Era costumbre que los Redentores viniesen á Madrid, trayendo consigo cuantos cautivos querían venir, y que en la corte se celebrase el rescate de los cristianos con pompas religiosas semejantes á las descritas.

XIX

En 1816, una escuadra inglesa al mando de lord Maitland se presentó en Trípoli y obligó al Bey á ciertas reparaciones que exigían los Gobiernos de Nápoles y Cerdeña; lo mismo hizo lord Exmouth respecto á Argel y Túnez, pero tan pronto como se alejó se dieron los moros nuevamente á mayores excesos contra los cristianos. En su consecuencia, volvió lord Exmouth, con otra escuadra superior, á la que se unió la de Holanda. Las dos combinadas llegaron al puerto de Argel y

(1) Breve noticia de la Redención de cautivos que se ha ejecutado en la ciudad de Tánger el año 1741.

tomaron posiciones. No respondiendo el Bey al parlamento, empezó el fuego de una manera terrible; todos los buques argelinos fueron incendiados y todas las baterías desmontadas. Al día siguiente suscribió el Bey un tratado por el cual quedaba para siempre abolida la esclavitud de los cristianos; se dió libertad á cuantos de éstos había cautivos y se devolvió lo recibido aquel año por rescates. El siglo XIX, que tantas maravillas ha realizado, había de ser el que destruyera para siempre la más bárbara piratería que ha ensangrentado los mares.

XX

Despobladas de cautivos están hoy las mazmorras de las ciudades africanas que fueron en los pasados siglos nidos de piratas; los *baños* de Argel solamente son conocidos por las obras literarias que han inspirado. Cuando Francia bombardeó en el año 1830 la ciudad de Argel y se apoderó de su reino, llevó á cabo una misión de alta importancia, cual era vengar los ultrajes inferidos en las pasadas centurias á los pueblos cristianos. Trípoli y Marruecos temen demasiado á los acorazados europeos para que conserven un resto de su antigua insolencia. Mas no se crea por esto que la esclavitud ha desaparecido del Continente misterioso y que la misión de la Iglesia ha terminado. Florecientes comarcas del interior son devastadas por los árabes, para luego vender sus habitantes en el mercado como si fueran bestias de carga. Un negro es apreciado por ellos en menos que un jumento; como en cierta ocasión se levantara una tempestad en el lago Victoria Nyanza, los negreros arrojaron al agua varios esclavos para salvar algunos asnos que llevaban. Causa espanto leer los horrores que cuenta en su *Diario* el inmortal viajero Livingstone, los cuales apenaban de tal manera el espíritu del misionero anglicano, que suplicaba á Dios le sacara de esta vida para no ser testigo de tan cruentos espectáculos. La Iglesia, que siempre ha sido la primera en proyectar y acometer las grandes empresas, se ha asociado actualmente á la de extinguir la trata de negros. El Cardenal Lavigerie

crea la Orden de los Hermanos Blancos y el Papa bendice los esfuerzos del Arzobispo de Cartago. No sin motivo se ruega al Señor en el sacrificio de la Misa: *ut captivos christianos qui in potestate sarracenorum detinentur liberare... digneris*. Tal súplica no es un anacronismo, según algunos pretenden.

Entre tanto, no es posible sin manifiesta ingratitud, olvidar la ferviente caridad y abnegación de los Religiosos Mercenarios, á quienes Mr. Laurent llama «conquistadores pacíficos, quienes volvían rodeados, no como los triunfadores de la antigüedad de los vencidos que encadenaran, sino de los cautivos que habían libertado, exponiéndose á mil peligros» (1). Animados de santa caridad, se privaron con frecuencia de satisfacer las más apremiantes necesidades de la vida para tener tesoros que prodigar por el rescate de los cristianos, é hicieron resonar palabras de alegría y cuando menos de esperanza, en el seno de las más bárbaras prisiones que ha conocido la Historia, de las mazmorras africanas (2).

MANUEL SERRANO Y SANZ.

(1) «Estudios sobre la Historia de la Humanidad.» Parte 4.^a La hospitalidad antigua y la caridad cristiana.

(2) Por si alguno quiere estudiar con más detenimiento la Redención de cautivos por la Orden de la Merced, publicamos el catálogo de los manuscritos á tal asunto referentes, los cuales se conservan en la Biblioteca Nacional y hemos consultado para escribir este estudio. Son los siguientes:

1.^o—Relación de la Redención que se hizo por los Religiosos Mercenarios en Argel el año 1575. Orig. fol. perg. M.—468.

2.^o—De la que se hizo en Tetuán y Ceuta el año 1579. Orig. fol. perg. R.—375.

3.^o—De la que se hizo en los reinos de Fez y Marruecos el año 1609. Fol. orig. P.—330.

4.^o—De la que se hizo en Tetuán el año 1612. Orig. fol. perg. M.—498. P.—280 y O. 82.

5.^o—De la hecha en los reinos de Fez y Marruecos el año 1615. Orig. fol. perg. M.—514.

6.^o—De la que se hizo en el reino de Marruecos el año 1625. Orig. fol. perg. L.—221.

7.^o—De la que se hizo en Argel el año 1627. Orig. fol. perg. M.—499.

8.^o—De la que se verificó en el reino de Marruecos el año 1633. Orig. fol. perg. M.—473.

9.^o—De la que se hizo en Tetuán el año 1635. Orig. fol. perg. L.—258.

10.^o—De las que se hicieron en Marruecos los años 1640 y 45. Orig. fol. perg. Q.—419 y P.—273.

- 11.^o—De la que se hizo en Argel el año 1651. Orig. fol. perg. L.—208.
- 12.^o—De la que se hizo en la misma ciudad el año 1660. Orig. fol. perg. P.—275.
- 13.^o—De la que se llevó á cabo en la misma ciudad el año 1667. Orig. fol. perg. L.—212 y 256.
- 14.^o—De la que se hizo en la misma ciudad el año 1669. Orig. fol. perg. L.—217.
- 15.^o—De la que se ejecutó en la misma ciudad el año 1678. Orig. fol. perg. L.—290 y T.—452.
- 16.^o—De la que se hizo en la misma ciudad el año 1679. Orig. fol. perg. M.—474.
- 17.^o—De la que se verificó en la misma ciudad el año 1682. Orig. fol. pergamino Q.—407.
- 18.^o—De la que se hizo en la misma ciudad el año 1686. Orig. fol. perg. P.—314.
- 19.^o—De la hecha en la misma ciudad el año 1702. Orig. fol. perg. L.—213.
- 20.^o—De la que tuvo lugar en la misma ciudad el año 1711. Orig. fol. L.—215.
- 21.^o—De la que se hizo en Túnez el año 1712. Orig. fol. perg. L.—215.
- 22.^o—De la que se hizo en Argel el año 1713. Orig. fol. perg. M.—492.
- 23.^o—De la que se verificó en Argel el año 1723. Orig. fol. perg. M.—451.
- 24.^o—De la que se hizo en la misma ciudad el año 1724. Orig. fol. perg. L.—210.
- 25.^o—De la que se hizo en Túnez el año 1725. Orig. fol. perg. L.—209.
- 26.^o—De la que se hizo en Argel el año 1730. Orig. fol. perg. L.—216.
- 27.^o—De la que se hizo en la misma ciudad el año 1739. Orig. fol. perg. L.—211.
- 28.^o—De la que se hizo en Tánger el año 1741. Impr. 4.^o L.—206.
- 29.^o—Relación de las Redenciones de cautivos hechas por los Padres Mercenarios en Argel y Túnez durante los años 1723 al 25, por el P. Melchor García Navarro. Autógr. letra del siglo XVIII. Obra en extremo curiosa.
- 30.^o—Libro en que se da razón del empeño que los Padres Trinitarios contrajeron en Argel en 1708 y pagaron los de dicha Orden y los Mercenarios en 1709. Orig. fol. L.—208.
- 31.^o—Relación de las Redenciones hechas en Granada hasta su conquista por los Reyes Católicos. T.—319.
- 32.^o—Relación de la Redención que se hizo en varios puntos de Berbería, año 1660. 4.^o perg. P.—272.
- 33.^o—Colección de documentos para escribir la Historia de la Orden de la Merced, letra del siglo XVII. Fol. L.—219.
- 34.^o—Documentos referentes á la Redención de caut. en Argel durante los siglos XVII y XVIII. Orig. y copias de la época fol. y 4.^o L.—251.
- 35.^o—Memoria de los cautivos que la Orden de la Merced rescató en Túnez el año 1741. Impr. dos hojas en fol. L.—206.
- 36.^o—Colección de documentos referentes á la Redención de cautivos en Argel y Tunez por la Orden de la Merced durante los años 1703 á 1779. Orig. fol. Q.—429.
- 37.^o—Historia general de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced, por Fr. Felipe Colombo. Orig. letra del siglo XVII. fol. P.—260.
- 38.^o—Documentos referentes á la Historia, Gobierno y Privilegios de la Orden de la Merced durante los siglos XVI al XIX. Orig. imp. y mss. fol. L.—234.
- 39.^o—Privilegios que tenían los Religiosos de la Merced sobre preferencia en la Redención de cautivos. Letra del siglo XVIII. Fol. L.—252.
- 40.^o—Libro de cuenta y razón del cargo y descargo del P. Pedro de Me-

dina como Redentor en los Reinos de Fez, Tetuán y Marruecos en 1609. Fol. orig. R.—308.

41.º—Listas de cautivos y otros documentos de las Redenciones verificadas en los años 1633, 48, 60, 65 y 78, 1725, 32, 79 y 85. Impr. y mss. fol. y 4.º F. 301.

42.º—Libro de lo que se ha gastado de los bienes de la Redención en Tetuán el año 1640. Fol. R.—365.

43.º—De la Redención que se hizo en Tetuán el año 1648. Orig. fol. L.—220.

44.º—De la que se hizo en Tetuán el año 1607. Orig. fol. L.—214.

45.º—Colección de documentos referentes á las cuestiones de la Orden de la Merced con los Trinitarios sobre preferencia en la Redención. Siglos XVII y XVIII. Orig. y copias. Dos vol. fol. F.—297 y 298.

46.º Libro de la Redención verificada en los Reinos de Marruecos y Fez el año 1759. Orig. fol. F.—311.





DESDE MI CELDA

Á MI QUERIDO AMIGO D. RAFAEL ALVAREZ SEREIX

Son las diez de la noche; me encuentro en una de las celdas del Monasterio del Escorial; en otras inmediatas se hallan hospedados los Sres. Vizconde de Palazuelos, un hijo del Conde del Asalto, y el marino y arqueólogo Sr. Herrera. Los PP. Agustinos, con amabilidad extrema, con finura exquisita, nos han brindado á los cuatro cariñosa hospitalidad, y después de un día de emociones no interrumpidas, de asombros constantes y de enseñanzas provechosas, obtenidas de la contemplación de las maravillas de todo género atesoradas en el grandioso monumento levantado por Felipe II, el espíritu fatigado quiere entregarse al reposo, la mente abrumada por tanta nota de color, tanto recuerdo histórico, tan infinito número de joyas artísticas vistas con admiración muda, en tan breve espacio de tiempo, anhela el sueño, que en vano trata de apoderarse de nosotros.

Dormir en una celda de un convento no es cosa que despierta gran emoción, sobre todo en esos espíritus fríos, en esos corazones insensibles que apenas si saben disfrutar ante una impresión estética; pero cuando esa celda está situada en el Monasterio del Escorial; cuando los que la habi-

tan sienten todos los grados posibles de entusiasmo, entonces se experimentan extrañas sensaciones, anhelos indefinibles, algo que no puede transcribirse y que impide al cerebro el necesario é ineludible descanso después de muchas horas de actividad funcional.

El silencio más absoluto impera en todo el sagrado recinto; de vez en cuando una campana, triste como un lamento, sonora como pide la grandeza del edificio y grave en sus tonos, como respondiendo al carácter melancólico del fundador de tan soberbia fábrica, marca acompasadamente la marcha del tiempo, mientras el aire de la vecina sierra, cubierta por inmenso sudario de nieve, choca contra las ventanas, se cuele por los ángulos, mueve los vidrios y ya semeja gritos de angustia, ora risas mal reprimidas, á veces suspiros de enamorados y siempre medrosos ruidos.

Hemos contemplado las obras de Ribera, Claudio Coello, el Greco, Jordán, Navarrete, Pompeyo Leone y otros gigantes de la pintura y del cincel en edades pasadas; nos han sorprendido arquetas de marfil de estilo románico, incomparables desde el punto de vista artístico por sus primorosas labores y delicadas filigranas; hemos visto cómo la fe de nuestros antepasados engarzaba las reliquias de sus santos predilectos en riquísimas joyas; nos hemos extasiado ante el códice áureo, ante las miniaturas indescriptibles de los libros de coro, y hemos sentido toda la pequeñez del hombre ante la grandiosidad de las bóvedas de un templo que guarda en sus criptas los cuerpos de tantos monarcas.

¡Qué impresión más desconsoladora se experimenta en aquella rotonda, más pequeña que el modesto salón de la casa de un *burgués* medianamente rico, á la que se ha dado el nombre de *Panteón de los Reyes*! ¡Cuánta grandeza convertida en polvo, cuánto tirano reducido á la impotencia, cuánto glorioso conquistador transformado en cenizas! Al leer en los dorados tarjetones de cada urna el nombre de los que fueron en su tiempo admiración de propios y extraños, un sentimiento de indefinible angustia se apodera del ánimo del visitante, y un desprecio de las grandezas y mentidas pompas mundanas inunda nuestro ser.

Nota más alegre—si la alegría puede hallarse alguna vez en la mansión de la muerte—se da en el *Panteón de Infantes*: recién terminado, el mármol blanco y los colores más vivos, le prestan animado conjunto; no se experimenta dentro de él la tristeza sombría que reina en las tumbas de los Reyes. ¡Qué hermoso es el sepulcro de D. Juan de Austria! Su estatua yacente tiene á los pies un león, símbolo de la fortaleza, y entre las manos la tajante espada, emblema de sus gloriosas victorias. Al contemplar la última morada del hijo natural de Carlos V se siente la nostalgia de épocas de grandioso brillo para la nación española, hoy postergada y anémica, merced á la incuria cada vez más notoria de sus gobernantes.

Al lado de esta impresión debemos anotar otra más dulce, más tierna, una que hace sumergir al espíritu del curioso viajero en un oceano de dulce poesía: son las dos hermosas estatuas yacentes de las Infantas Amalia y Cristina de Orleans; ambas murieron jóvenes, cuando las sonreía la felicidad por todos lados, cuando la dicha era su perpetua compañera. ¡Cuán bellas fueron y qué magistralmente ha trazado sus interesantes figuras el famoso escultor francés, Aimé Millet! Una tiene entre sus manos delicada corona de rosas, partida por un lado, como aludiendo á sus días floridos que terminaron en medio de la primavera de su juventud; la otra está en actitud de dibujar, y cubre su cabeza con airosa mantilla de encaje, tan admirablemente esculpida que parece nimbo de espuma adornando una gentil cabeza; cuesta trabajo separarse del lado de aquellas figuras, tan primorosamente talladas que parecen trasuntos de la realidad, y causa pena dejar solas entre tantos muertos á aquellas dos jovencitas, por temor de que á medianoche se despierten y pidan á gritos las saquen de aquella mansión, muy elegante y muy decorada, pero donde sólo hay frío, soledad y eterna calma.

Mientras nos hacemos todas estas reflexiones, la noche avanza más y más; la campana sigue anunciando las horas con acentos que cada vez nos parecen más lúgubres; el cierzo continúa su salvaje sinfonía, bailando entre las pela-

das ramas de los árboles y acariciando las altas torres del Monasterio. Es imposible dormir. Si Felipe II saliera por breves horas del mármoleo sepulcro en que hemos leído su nombre por la mañana, y viera los claustros de esta santa casa iluminados por los vivísimos resplandores de la luz eléctrica, y aquí en esta misma celda que nos cobija, los fulgores del rayo domeñados por el hombre, conducidos por sutil alambre, y fijados donde su caprichosa voluntad desea; si por un solo día pudiera conversar con los PP. Agustinos que constituyen un núcleo científico de inestimable valía; si apreciara las dotes de naturalista que adornan al Padre Faulín, director del Colegio de primera enseñanza; las del P. Valdés, que dirige la Universidad, que, apenas en embrión, cuenta considerable número de alumnos; si departiera con el P. Blanco acerca de los literatos españoles en el presente siglo, y pudiera observar su fino espíritu crítico, su causticidad siempre culta, su inquina á los malos escritores, que le convierten en un *Clarín místico*; si leyera las críticas musicales del P. Uriarte, apreciara los inventos de aparatos físicos del P. Rodríguez, los escritos acerca de intrincados problemas histológicos debidos al P. Martínez, aprovechadísimo discípulo de Cajal, ese modesto profesor español, aclamado hoy como sabio en el extranjero, pusiera á prueba las habilidades artísticas del P. Aróstegui, y los vastos conocimientos bibliográficos del P. Uncilla,—y no quere- mos citar más porque sería preciso estampar aquí, como sapientísimos, los nombres de todo el profesorado del Colegio que los Agustinos tienen en el Escorial;—si el fundador de esta maravilla saliera del lecho de piedra donde reposa para siempre, ¡qué de sorpresas no experimentaría su cerebro, qué de impresiones su flemático organismo! Vería cómo la luz de la ciencia penetra á través de las más recias y pétreas arcadas; observaría cómo los muros y sillares más robustos se abren al beso dulce pero candente del humano progreso; sentiría silbar el vapor del tren y le vería desde las ventanas del convento esconderse en las entrañas de la tierra y salir del fondo de ella levantando nubes de humo y estrépito ensordecedor que pregonan su grandeza; con-

templaría en aquellos claustros, testigos mudos quizás de sus solitarios paseos, en las horas de combates del espíritu, agitado por la política de su tiempo, los focos de luz eléctrica, allí instalada por hombres á quienes se ha tenido por refractarios al adelanto científico, y que desmienten esta falsa idea con sus hechos y profundos estudios sobre la ciencia moderna. Mas no, no es posible que el sombrío monarca pueda contemplar todo esto: pasó para no volver más; y hoy, borradas para siempre las ideas políticas que fueron la característica de su reinado, queda tan sólo el sentimiento de admiración que surge en toda alma artista al contemplar el incomparable monumento que legó á la nación española.

La aurora empieza á clarear, las cumbres cercanas se cubren de un tinte rosado que cae sobre las capas de la nieve, como el carmín en el blanco rostro de hermosa doncella; el sol lo enciende todo en breves momentos, y el azulado cielo nos brinda con la promesa de un espléndido día.

Nos lanzamos al exterior; una alegre caravana se presenta ante nosotros: son los Sres. Serrano Fatigati, Alvarez Sereix, Enseñat, Cascales, Cervigón, Feliu y Codina, Morenne, Llanas, Quintero y otros que no recordamos, todos miembros de la Sociedad de Excursionistas, que vienen á buscarnos para seguir visitando cuanto de notable encierra la localidad donde nos encontramos.

Las campanas del Monasterio anuncian con alegres volteos la misa mayor, acudimos á ella, y en aquellas naves grandiosas, bajo aquellos admirables frescos, parece se impregna el espíritu de la idea religiosa que inspiró al gran Herrera al trazar los planos de tan severo y admirable templo.

No experimentamos el menor cansancio á pesar de haber entretenido toda la noche con las desordenadas impresiones que dejamos transcritas. Al abandonar el Escorial] sentimos perder el trato cultísimo, la amistad cariñosa y el saber profundo de los PP. Agustinos, y nos apena dejar solas á las dos jovencitas reproducidas en el mármol, que parecen vivir y respirar en el suntuoso Panteón de Infantes.

FERNANDO CALATRAVEÑO.

Escorial 24 Febrero 94.



ANTAÑO Y OGAÑO

PÁGINAS SUELTAS

No sabemos, ó por mejor decir no recordamos, si hemos dicho que el escribir acerca de las costumbres antiguas y modernas, después de tanto como se ha escrito sobre tan trillado asunto, es materia poco menos que imposible, y hé aquí el origen de nuestra confusión y empacho al emprender con la segunda parte de estas páginas sueltas, sin que nos quede otro recurso ni más medio de salir de este pantano que, á semejanza de la ocasión que la pintan calva, coger el asunto objeto de estas líneas, más calvo si cabe, por el único pelo que le queda y tratar de hacer el retrato del carácter esencial de las épocas pasadas, en su modo de ser y en sus hábitos y costumbres morales, con el aditamento de la historia de las mismas y de algunos de sus espectáculos prácticos y fiestas, que con determinada intención dejamos para esta segunda parte al ocuparnos de ellas en la primera.

Loado sea Dios, como se diría en lo antiguo, y Dios quiera, como hoy se dice, logremos salir con nuestro intento, sin incurrir en la grave falta ni cometer el mortal pecado de que nuestros lectores nos endilguen el anatema de su descontento y de conformidad con el loable propósito que de entretenerles algunos momentos nos guía.

Si así sucede, que Dios se lo premie, y si no, que nos lo demande á nosotros únicos autores de tan flagrante desaguizado.

*
* *

No por mucho madrugar amanece más temprano, dice un refrán, y dice bien y yo digo con él, y así decía y machacaba un antiguo catedrático de la Universidad de Alcalá, el que, leyendo el libro de texto á sus discípulos, no añadía ni una coma ni un punto á lo que en aquél estaba impreso, guardándose para mejor ocasión sus opiniones y juicio sobre la materia, con el piadoso fin, sin duda, de no cansar su inteligencia que, como madrugadora en el estudio de la ciencia, debía encontrarse fatigada en extremo, y hasta la saciedad ganosa de plácido descanso, y dejando para el autor del libro —que él no había escrito— la responsabilidad en la doctrina y el saber que los aspirantes á Licurgos que tenía bajo su férula pudiesen adquirir, convencido de que, parodiando á Rubí en su comedia *La rueda de la fortuna*, podrán ser unos borricos, pero llegarán á ser doctores *in utroque*.

Madrugador fué el susodicho maestro en el saber, como eran madrugadores todos los de su época, porque el levantarse temprano era una necesidad entonces, que no se conocía el trasnochar, sino como consecuencia de insomnios y desvelos que se padecían sin salir del lecho, ó cuando más paseándose por la habitación, guardándose mucho de molestar á los que yacían dulcemente en los amorosos brazos de Morfeo; porque en aquellos tiempos de irritante absolutismo el hombre era libre, sin faltar á la ley ni á la moral ni á las buenas costumbres, para hacer de su capa un sayo, pero no para impedir que los demás hicieran de la suya lo que les viniera en mientes, sin que el trasnochar tuviese por objeto pasar la velada *haciendo* música, *haciendo* ciencia, *haciendo* jugadas con el libro de las cuarenta, *haciendo* el oso en tertulias y saraos ó enfrente del balcón de la Dulcinea, y *haciendo* calceta, como no fuera velando á un enfermo, caso excepcional en que, mientras el paciente luchaba

entre la muerte y la vida, los amigos que alternando en unión de los parientes más cercanos y de la cónyuge, que no se separaba de su conjunta persona, acompañada de algún criado que envejeció en la casa donde nació su padre, y así sucesivamente, lo que no impedía que para matar el tiempo, cosa que como el hacerle y perderle ha estado siempre en uso desde nuestro padre Adán, que le mató saboreando la prohibida fruta, *hiciesen* algo de malilla, mediator ó brisca, ó *hiciesen* sueño, y después de abundante pocillo de chocolate con ampulosos bollos de Jesús ó de la Trinidad, diesen con su cuerpo en un canapé ó sillón fraileró, aguardando así la venida matutina del Galeno, que también madrugaba, y al rayar el día se presentaba repleto de aforismos y rícepes en la alcoba del paciente, dejando la mula si era doctor, la jaca si era cirujano, *como dijo Quevedo*, atada á la reja, ó en tiempos menos remotos el bombé á la puerta, precursor de la clásica berlina facultativa.

Fuera de estos casos y algunos otros, como los que se cerraban en algún tugurio en el que se tiraba de la oreja á Jorge, ó algún amante que acechaba la aparición de algún rival, espada en mano y daga en cinto, ó de algún devoto del arrepentido Dimas, nadie trasnochaba, que aún así podía llamarse, porque á las doce, en la época calomardina y aún antes, nadie transitaba por las calles fuera del sereno, que nunca fué trasnochador, el alcalde de casa y corte, los hermanos del Refugio y del Pecado mortal, que con su linterna y su bolsa éstos, y con su farol, los palos de la camilla, su cesto de pan y su plato abundante de huevos duros, socorrían al desvalido y pedían por el alma de los pecadores que ardían en las zahurdas de Plutón y llevaban á la doncella menesterosa al asilo de la plaza de los Mostenses.

Á las once lo más tarde, todo el mundo á la cama, y como desde las ocho en invierno y desde las nueve en verano cada mochuelo se iba á su olivo, había tiempo más que sobrado para hacer toda clase de fechorías, auxiliados por la escasa luz de los reverberos de aceite, las que dieron lugar á la comisión militar de 1823 á 1830; dejaban después el campo libre á los personajes antes mencionados, que sólo encon-

traban á su paso al religioso que iba á dar el último consuelo al que abandonaba la vida, ó al clérigo secular que le despedía para el último viaje.

La bella aurora, exornada con el canto de las aves, su histórico rosario, sus carrozas, cuando las había, sus burras de leche y los gritos de la buñolera, el horchatero y la naberera de Fuencarral, eran los avisos que hacían dejar el mullido lecho, desde el humilde menestral hasta el más opulento y finchado prócer.

Todos saludaban al sol naciente; y después de saludar á la Madre de Dios con las palabras del Angel al compás de las campanas del vecino convento, daban principio á las tareas cotidianas, que no eran otras que encomendar el ama de casa la compra al gallego que con su correspondiente esportillo se presentaba á tomar el recado, exceptuando de esta regla á las casas grandes, que daban tan delicada misión al marmitón ó despensero, que se tropezaba con el lego francisco ó el bernardo que, acompañado de sus indispensables arguenas, pedían los primeros y compraban los segundos el necesario alimento para la comunidad, no sin haber recogido antes los unos la limosna de las casas de sus devotos y amigos, que consistía en algunas hogazas de pan tierno y otros adherentes que ponía en sus manos la señora de la casa; segunda operación con que se empezaba el nuevo día.

No se pasaba mucho tiempo sin que salieran en medio del arroyo los escolares que iban al aula, los peluqueros que iban á desenredar los peluquines de todas las clases sociales, los pajes de bolsa, los zarapas de la curia y los cirujanos ministrantes, que se dirigían, chupándose los dedos en invierno y soplando hacia fuera en verano, á sus respectivas ocupaciones.

Mientras se soltaban los papillotes las más encopetadas damas, se peinaban los bucles de la historiada peluca y rasuraban las delicadas barbas los personajes más empingorados de la corte, al eco de las más sabrosas y picarescas murmuraciones de los sucesos más salientes ó más ocultos de la vecindad ó de la villa, según era la doncella ó el peluquero los encargados de desenredar aquellas madejas de

pelo postizo en lo general, en tanto que los escolares rezaban las oraciones y preces que precedían á la explicación de la asignatura, y los pajes y escribientes cortaban la pluma, colocaban la falsilla y hacían las reverencias de cajón á las señoras y los chicoleos de costumbre á las doncellas, se pasaban las horas dulcemente, y después de oír la acostumbrada misa, platicar con el padre reverendo de la mayor intimidad, hacer un paréntesis breve en las covachuelas ó en las gradas de San Felipe, se comenzaban las tareas habituales cuando que ya eran las nueve ó las diez, para darlas por terminadas á la una, hora en que las tiendas se cerraban, los negocios se suspendían, la circulación se paralizaba y todo bicho viviente se entregaba á los placeres de la mesa y después á la consabida siesta, no sin haber dado antes un pequeño *motus* los padres graves y menos graves por los claustros de sus respectivos conventos.

Por la tarde el trabajo era cosa de contrabando; los oficios y los comercios seguían su interrumpida faena, los demás se dedicaban á dar su paseo higiénico por el Prado de San Fermín, alrededor de Atocha, orillas del Manzanares y las Vistillas, oír el sermón, rezar el rosario, visitar la botillería de Canosa ó de Pombo y asistir á la comedia en serio de los corrales de la Cruz, el Príncipe ó los Caños del Peral, y retirarse á casa satisfechos de haber empleado santamente el día y sin preocuparse de haber dejado sin hacer lo que podía haberse hecho.

Hoy, *mutandis mutanda*, sucede lo mismo; vuelca el cesto social para que lo de abajo se quede arriba, y tendrás los mismos perros con diferentes collares.

Nada de madrugar, pero mucho de trasnochar; nuestros abuelos se levantaban al despuntar el alba, sus nietos se acuestan cuando anuncia sus primeros resplandores.

El peluquero, la modista, la peinadora, una vueltecita por la calle de Alcalá, una paradita en la tienda de modas, un alto en la esquina del Suizo ó en la acera de la Puerta del Sol, una visual á las devotas que salen y entran en las Calatravas, San José ó San Luis, son las ocupaciones imprescindibles antes del almuerzo; después se cambia de traje y cada

uno emprende sus ocupaciones á las dos bien dadas de la tarde; á las cinco el Retiro y la Fuente Castellana te brindan con sus encantos, á la par que sus amenas *soirées* vespertinas los cafés, los círculos políticos y literarios, las visitas aristocráticas, las antesalas de los ministerios, la consabida esquina del Suizo y acera de la Puerta del Sol, por la que hay que dar otra vuelta para cerciorarse de si están en el mismo sitio; una estancia en Lhardy, un paseito por la Carrera de San Jerónimo entre dos luces y una miradita por el salón de conferencias, y después á vestirse y á comer y luego al teatro, en seguida á la tertulia ó al casino ó hacer alguna visita íntima, cerrando el balance del día con un chocolate en Viena, y por último, á la camita satisfechos y alegres de haber empleado santa y honradamente el día, sin preocuparse de que lo que podía haberse hecho se haya quedado sin hacer, lo que tanto ayer como hoy, hoy como ayer, era *peccata minuta*, por más que esta realidad, antes como ahora y ahora como antes, sea *peccata gorda*.

No necesitas pararte mucho, lector, para caer en la cuenta y hacer que caigan en la suya cuantos al comparar los tiempos de allá con los de acá, dan la preferencia á éstos ó aquéllos, riñendo descomunal batalla porque su opinión quede encima y divinizar ó poco menos la que ellos defienden, sin detenerse á considerar que ni el ayer ni el hoy tienen nada que echarse en cara, sino, por el contrario, confesar paladinamente y sin ergos ni distingos que son hijos de un mismo padre y que llevan marcado su origen y procedencia en ese algo que es la raíz de su procedencia; porque no hay que darle vueltas, los pueblos, como las naciones, como las sociedades, llevan, digámoslo así, su sello de fábrica, que podrá sufrir modificaciones, pero que no desaparece nunca ni se borra por más que se empeñen en hacerlo así, y pretender que los crean los demás, cuantos sostienen, y en parte con razón, que el tiempo todo lo muda, pero no lo borra, por más que así se empeñen en demostrarlo llenando mucho papel, gastando mucha tinta ó empleando días enteros en discusiones acaloradas, discursos prolijos y eruditas disertaciones.

Los trajes han cambiado, ¡quien lo duda! Desde la cota de malla, ó por mejor decir desde el ferreruelo y la ropilla hasta el casacón, la chupa y el sombrero apuntado, y desde esta hasta la que hoy se usa, media un abismo.

En el modo de ser de aquellos hombres y los de ahora, no faltará quien diga también con voz campanuda y hueca, media otro abismo; pero echarle guindas á la tarasca, como se decía entonces, que si se mira el asunto bajo su verdadero prisma, no media ni una línea, y si parece exagerada la idea, vamos á verlo:

Hoy, por ejemplo, se pierde un tiempo precioso en hablar y se habla de prisa.

Para la más pequeña cosa se invierten horas y horas en peroraciones inútiles, es muy exacto; pero antes se hablaba más despacio, se medían las palabras, se tomaba un polvo entre concepto y concepto, antes de la palabra, y venía la acción y el gesto como precursores de aquélla, y resultaba que se perdía el mismo tiempo.

Antiguamente se vestía un hombre por la mañana y no se desnudaba hasta por la noche, y hoy se mudan de trajes nuestros contemporáneos dos ó tres veces al día; esto hasta cierto punto es verdad si se atiende á que nuestros abuelos no cambiaron de vestido, como entonces se decía; pero eso no era inconveniente para que cuantas veces entraban en su domicilio se despojasen del que usaban en la calle y le sustituyesen por el de casa, y si tenían que visitar algún personaje, era de cajón engalanarse con el que llamaban de corte; de modo que venían á salir entonces como ahora por cuatro ó cinco vestiduras diarias, y tan arraigada estaba esta costumbre, que no hace muchos años abandonó este pícaro mundo un notario de los más renombrados que no estaba en casa sin mudarse los pantalones que traía de la calle, y aún hoy existe quien heredó tan pulcra práctica y la ejecuta con una constancia digna del mayor encomio.

Los detractores de aquellos venturosos días ponen el grito en el cielo cuando intentan probar que por un quítame allá esas pajas se sacaba el acero y se armaba descomunal batalla, y no quieren abrir los ojos para ver que hoy, por un

toma y dos te daré, se matan dos hombres con la mayor formalidad, dejando el honor á buen recaudo, ó en la arena del Buen Retiro, ó en una posesión particular, ó en Fornos, después de un acta bien redactada y firmada por entrambos contendientes y sus respectivos padrinos. Tiempos atrás éste no era el postre de los lances de honor.

Como digan dueñas ponen algunos la provisión de destinos de hoy, la tramitación pesada de los expedientes, ya civiles, ya judiciales, y la paciencia y el tiempo que se pierde en las oficinas, en las escribanías y en las antesalas de los ministros y de los próceres.

Sin duda no han leído el *Gil Blas* y no se han enterado de la parsimonia con que los covachuelistas de últimos del siglo pasado llevaban la tramitación de los expedientes, la plétora en las antesalas de los secretarios del despacho, la cola que formaban los litigantes en la calle Mayor, donde radicaban las escribanías de número, ni el oscuro y estrecho salón de Procuradores, emplazado en la planta baja de lo que hoy es ministerio de Ultramar, donde, tanto en uno como en otro punto, se desesperaban los litigantes, que encanecían pleiteando y dejaban á sus descendientes el legado del litigio que comenzaron sus abuelos, y hoy, sin que se tome á exageración, siguen sus biznietos, y algunos bien conocidos podíamos citar.

Que ya no existe la valla infranqueable que separaba unas clases de otras, y tampoco entonces existía: el magnate, el noble conversan hoy y familiarizan con el plebeyo. ¿Y quién lo duda, si eso es una de las conquistas más preciadas del progreso y la civilización moderna? Pero ¡guarda, Pablo! si quieres introducirte entre ellos tú, infeliz indígena de la clase media, que ya servirás de irrisión y de juguete, lo mismo que antaño. Aquellos señorones conversaban con el artesano, el menestral, daban sus palmaditas en el hombro al escribiente que pretendía un destino ó solicitaba una limosna; pero aquella afabilidad no pasaba de dientes afuera, como hoy no pasa del exterior la fraternidad, la igualdad y la le-galidad de que tanto blasonamos.

Estos ejemplos pueden ser el botón que te sirva de mues-

tra, resignado lector, para que comprendas que aquello *de que no por mucho madrugar amanece más temprano*, tanto en su sentido moral como material, es un aforismo que no tiene vuelta de hoja en la sociedad de hoy, como en la de ayer, y si Dios no lo remedia, lo mismo sucederá. *Deo volente.*

RAMIRO.





CRÓNICA QUINCENAL

INTERIOR

Vivimos ya en la plenitud de las emociones parlamentarias, después de haberse acordado al fin el Gobierno liberal de que faltaba algo á esos resortes, á esa armonía de las instituciones por antonomasia llamadas representativas; y ese algo era precisamente el acatamiento debido á la Representación nacional misma.

Ya era hora de que se abriesen las puertas de los palacios del Congreso y del Senado, cerradas en los más críticos apuros y durante lo mejor del año. Esta mala costumbre de prescindir del Parlamento el parlamentarismo; ese sistema de echar en olvido hasta las fórmulas, en el convencionalismo legal que todo lo subvierte y amolda á conveniencias propias; esas viciosas ficciones que á nadie seducen ni engañan, llevan á tal punto el descrédito, que los que, hace cuarenta años, defendían con el mayor entusiasmo las instituciones traídas de fuera y á su sombra prosperaron, afirman ya y repiten á boca llena que todo ese moderno *échaffaudage* de verdaderas corrupciones é inaguantables falsedades, levantado sobre arena movediza, subsiste todavía, pero subsiste amenazando con próximo y ruidoso derrumbamiento.

No podrá suceder otra cosa con el sistema parlamentario,

si miramos para lo que sirve y vemos cómo se le trata. Sin embargo, importantes, muy importantes son las prerrogativas del Parlamento, y bien aprovechadas y manejadas pudieran aún aplazar la ruina y dar acaso al sistema días de gloria. Veamos si no lo que hoy mismo sucede, y discurremos acerca del movimiento político que nos trae la continuación de la legislatura interrumpida durante ocho meses.

Hablan con elocuencia é interesan mucho los sucesos parlamentarios de pocos días á esta parte, extraordinarios realmente y bastante nuevos. Hagámonos, pues, cargo de lo que pasa, apuntando simplemente ideas sumarias con toda la brevedad posible en un cronista encargado de recapitulaciones que se consignan sin otro objeto que auxiliar la memoria.

*
* * *

Período político más desdichado, difícilmente podrá señalarse. Hubo temporadas en que el Sr. Sagasta, inclinándose ya á la derecha, ya á la izquierda, censurando hoy lo que ayer aplaudía, sin programa ni rumbo, sabía sortear los contratiempos y dió aparentes motivos para que se hablase de su buena estrella. Hoy las cosas han sufrido radicalísimos cambios, y la buena estrella del Sr. Sagasta ha desaparecido del todo, si es que buena estrella pudo llamarse la ausencia de dificultades serias en un Gobierno que navegaba á la ventura, con osadía y sin timón, en un mar de tolerancias y en días relativamente tranquilos.

Hoy el país se manifiesta cansado al fin de tantas temeridades y contempORIZACIONES, de tantos olvidos y desaciertos, de tantas negligencias y tantos fracasos. Y es que no se puede desafiar por mucho tiempo la impetuosa corriente de la opinión honrada; no se puede violentar é infringir de continuo la Constitución del Estado ni despreciar los intereses públicos; no se puede incurrir repetidamente en errores políticos, militares, diplomáticos y económicos; no se pueden herir constantemente y sin motivo los intereses colectivos, regionales y particulares, sin producir á la larga explosiones de la indignación de los pueblos, explosiones que nos dieron, durante po-

cos meses, cantones en la Coruña, silbas en Vitoria, colisiones en San Sebastián, derramamiento de sangre en Laguardia, enérgicas protestas en Navarra, irritación en Cataluña, y también vergüenzas en Melilla, hambre en Andalucía y manifestaciones airadas y severas en todas partes.

A pesar de todo lo ocurrido, el Sr. Sagasta se ha presentado al Parlamento con un nuevo Gabinete, pero sin más programa que los mismos desaciertos de los Ministros anteriores que, sin duda aburridos, se retiraron á sus casas por purísimo capricho.

Había natural expectación para oír al Sr. Cánovas en la reunión de las minorías conservadoras, y el eminente estadista expuso, en efecto, sus opiniones y propósitos con la prudentísima templanza que suele caracterizar sus actos. Los periódicos de todos matices, incluso los ministeriales, han elogiado las frases del ilustre jefe de los conservadores.

«La forma del discurso—venían á decir los más—es suave, reposada, tiene toda la blandura compatible con la fibra característica del más enérgico de nuestros grandes oradores vivos; pero el fondo es mortífero en grado sumo. Porque, desde luego, el cuidadoso tacto con que el Sr. Cánovas procede en la exposición de los errores y desaciertos del Gobierno del Sr. Sagasta, el tono menor en que ha procurado mantener su oración constantemente, el extremado gubernamentalismo de que ha hecho gala, denuncian el concepto que á dicho señor merece el estado de salud del Gabinete sagastino. Se habla muy bajo en la alcoba de un moribundo. Y, sin embargo, basta con el sucinto relato de lo que se debió hacer y no se hizo en el conflicto de Melilla, y de lo que se ha hecho, sin deber hacerse, en el ajuste de los tratados comerciales, para que caiga la luz meridiana sobre dos anchas heridas, por donde, visiblemente, la vida se le escapa al Ministerio liberal.

«Un ataque brusco, apasionado, violento, del elocuente jefe de los conservadores habría producido cien veces menos daño al Sr. Sagasta y á sus colegas que la significativa templanza y la extremada prudencia con que ayer se vieron criticados. Cuando el Sr. Cánovas decía que «si cabe remediar los erro-

res cometidos por el partido dominante, no le ha de disputar la gloria que le puede caber en destruir sus propios yerros,» parecía estarles encomendando el alma. Y después, al afirmar que el partido conservador aceptará el poder y llenará su puesto para dar tiempo á que el liberal se reorganice ó á que por la fuerza de las circunstancias se vayan elaborando otros instrumentos de gobierno, la voz del jefe conservador sonaba á *De profundis.*»

La mayor parte de la prensa reconoció el desinterés y la elevación de miras que informaba el acto realizado por el señor Cánovas del Castillo, añadiendo, sin embargo, algunos que el insigne estadista trataba de esquivar, con sus temperamentos benévolos, la abrumadora carga del poder.

*
* *

Vino el debate político, y el Sr. Romero Robledo fué el encargado de examinar la última crisis, sus causas determinantes y el curiosísimo proceso de su solución, adoptando para su discurso la forma epigramática y la sátira ingeniosa, ya que sólo la sonrisa del sarcasmo merece esa forma que el Sr. Sagasta adopta para dirimir cuestiones de familia. Pero bajo aquellos admirables gracejos y entre aquellos donaires de forma, palpitaban censuras justificadísimas y severas, logrando el orador impresionar á todos con el notable final del discurso, en que decía:

«No nos hagamos ilusiones: si hay energía para afirmar en voz alta lo que se cree, si aquí no estamos para defender la posesión y el goce material que da el poder, ese partido no es partido; jamás, en ningún tiempo, el Sr. Gamazo y el señor Puigcerver, la derecha y la izquierda, los que quieren imponer contra la ley á Navarra, los que quieren el reglamento de vinos y el impuesto que crea la ruina y la desventura de los productores españoles, los que van contra todo interés legítimo, bajo pretexto de acrecentar los recursos del Tesoro, sin ver que un país empobrecido ha de tener exhaustas sus arcas, éstos no podrán jamás unirse de buena fe con los que representan la negación de todos sus principios. Viviréis en

componendas, arrastrando una vida de miseria, iba á decir de vergüenza, mientras haya un jefe de partido que no ponga ideas en ninguno de los platillos de la balanza, que hable siempre de intereses de parcialidad, que os pida que os aquieitéis, y que os hable del partido liberal, que, con ser y haber sido mucho, es muy poca cosa al lado de lo que es y de lo que significa y quiere el país.»

En la contestación, desmayada y floja, con que el Presidente del Consejo de Ministro intentó dar la réplica al Sr. Romero Robledo no sobresalen más que dos notas culminantes y casi exclusivas: el afán de bienquistarse á toda costa con el Sr. Gamazo, declarándole limpio de toda culpa y exento de todo género de responsabilidades, y la intención interesada que puso en sus palabras de alto elogio para el General Martínez Campos.

*
* *

Hemos tenido en el Senado la interpelación del Sr. Duque de Tetuán, de indudable oportunidad é importancia, acerca de la política arancelaria del Gobierno y del *modus vivendi* con Francia.

El orador hizo un estudio completo y sereno de la cuestión para demostrar los errores del Gobierno, los perjuicios que ocasiona á la producción patria, y cuál era el pensamiento que tenía el Gabinete conservador para resolver este grave problema. Las muchas cuestiones que necesariamente tenía que abarcar exigían y justifican la extensión que se ha visto precisado á darle el Sr. Duque de Tetuán, porque necesitaba y convenía al país no afirmar sólo, sino demostrar la exactitud de sus afirmaciones.

Por eso el discurso, que ha consumido cuatro sesiones incompletas de la alta Cámara, ha sido escuchado con gran interés, lo mismo el primer día que el último, y será leído con entusiasmo por los centros productores y por cuantos se interesan en el desarrollo del trabajo nacional, base esencialísima de la prosperidad de las naciones.

Ha venido al propio tiempo la ruidosa derrota del Gobier-

no en las secciones del Senado, plausible castigo del empeño que manifiesta el Sr. Moret en consumir su obra nefasta.

Los perniciosos convenios comerciales, que habrían privado de su pan á millares de familias, acaso no se aprobarán. A la información secreta, misteriosa, del terror y del sigilo con que inútilmente pretenden justificar los perjuicios inferidos á las producciones por los convenios con Alemania y con Italia debe responder una amplia información pública, leal, contradictoria, en la que se aquilaten las ventajas y perjuicios de unos tratos internacionales y solemnes que han de amarrar á la sufrida España nada menos que por *diez años* con la cadena de sus artículos y de sus ruinosos pactos.

*
* *

Como digno remate de las desdichas gubernamentales, tenemos á última hora el escandaloso motín de Valencia, contra el que el Sr. Pidal ha tronado con indignación justísima y nobles arranques de inspirado creyente.

Decía el orador, con incomparable elocuencia:

«Todos sabéis, señores, que se había preparado, en medio de un universal concierto, una hermosa perigrinación de obreros españoles; todos sabéis que como resultado de esa relativa paz religiosa á que habíamos llegado aquí después de tan tristes discordias, después de tan sangrientas guerras civiles que eran verdaderamente en el fondo guerras religiosas; todos sabéis que en medio de ese temor que por todas partes esparce la anarquía, amenazando con disolver los fundamentos mismos del orden social, habíamos visto aquí con una especie de júbilo, con una especie de consuelo á los males presentes, con una especie de tranquilidad, con una especie de esperanza en el porvenir, cómo, con el concurso de todas las clases, con el auxilio de todos los partidos, con el amparo de todas las instituciones, bajo la salvaguardia de todos los derechos, se había organizado una hermosa manifestación de obreros, de esos obreros, señores, á quien todos amamos, cuya situación sobre la tierra todos deseamos endulzar; pero á quien más que á nadie ha deseado proteger y amparar en sus derechos, mar-

cándoles al propio tiempo el rumbo estrecho de sus deberes, el Padre Santo que hoy rige los destinos de la Religión, madre de la civilización europea.»

Y después de pintar en brillantísimos párrafos la exquisita prudencia y hasta la humildad cristiana de los peregrinos—prelados respetabilísimos, próceres ilustres, catedráticos, sacerdotes, abogados, periodistas y obreros—el Sr. Pidal añadía con sentimiento indecible y honda amargura:

«Pero se trataba de desvirtuar de antemano ese acto; lo cual, por cierto, no se conseguirá, porque con eso no se consigue más que subrayarlo, y cuando en vista de rumores de que se hacían eco todos los periódicos, aunque con gran dolor, se levantaron aquí diputados á pedir explicaciones al Gobierno, en esos momentos el Sr. Ministro de la Gobernación, el que está más obligado que nadie por sus antecedentes y por su historia en hacer saber que el Gobierno está dispuesto á cumplir de verdad con su obligación de respetar y hacer respetar los derechos ejercitados legalmente por los ciudadanos españoles, en vez de hacer una franca y resuelta manifestación de que el Gobierno estaría al lado de esos derechos para respetarlos y hacerlos respetar, vino ahí con una contestación de *equivocos* que entrañaban verdaderos peligros y que puede decirse que fué como el primer acto del programa de lo que ha sucedido en Valencia... Pues qué, ¿no sabemos lo que quieren decir esas cosas cuando se dicen desde el banco azul? En presencia de estos hechos que he expuesto al Congreso, y que constaban como á nadie al Gobierno, ¿había otro camino que ponerse resueltamente al lado de la justicia y de la razón, y diciendo desde el banco del Gobierno á esos peregrinos que fueran tranquilos, que el Gobierno haría respetar su derecho, su libertad de conciencia, que no sería hollada por nadie, teniendo el Gobierno la previsión que debía tener para defender esos derechos? Pero ¡ah, señores! ese Gobierno no tiene nunca previsión para defender los derechos de nadie, y no la tuvo para defender el derecho de los peregrinos ..

»Todo Valencia lo sabía; todo Valencia, menos el Gobernador, que los Gobernadores de este Gobierno nunca saben estas cosas; todo Valencia sabía lo que se preparaba La tarde

antes se repartieron proclamas excitando al atentado salvaje de que iban á ser víctimas los peregrinos; se repartieron los pitos, el instrumento de ese derecho individual, único que no pesa como plancha de plomo sobre la cabeza del Sr. Sagasta, y se tomaron posiciones para hacer más lujoso escárnio del derecho. Y efectivamente, llegaron los peregrinos en uso de su derecho desconocido, ¿y creéis que las autoridades habían tomado alguna precaución? ¿Creéis que fueron á defenderlos? ¿Creéis que se acercaron á ellos para animarlos? No; se acercaron á ellos para intimarlos á que cesasen en sus manifestaciones religiosas, que no entrasen ni siquiera rezando por las calles de Valencia, porque podían ser objeto de una agresión. Es decir, Sres. Diputados, que sería como si la Guardia civil saliese á los caminos á rogar á los viajeros que dejaran el dinero en él para no ser víctima de los ladrones públicamente apostados en las puertas de sus casas.

»Entró la manifestación, y á pesar de su orden, á pesar de su silencio, á pesar del abandono de su derecho, fueron los peregrinos escandalosa é inicuamente atropellados; y mientras tanto, el palacio episcopal se hallaba sitiado por esas turbas que ya sabemos todos de dónde salen, y cómo se traen, y cómo se pagan; que ya no estamos á principios del siglo, para que se engañe á nadie; y esas turbas, contando con esa impunidad, apedrearon el palacio episcopal, rompieron los cristales y realizaron todo ese programa conocido que se realiza siempre que está el Sr. Sagasta en el poder. La consecuencia de todo eso fué que la autoridad se enteró después que había pasado, y que el Gobernador se personó entonces en la plaza, y no encontró otra cosa que romper sobre las turbas amotinadas que su bastón de autoridad, como si no tuviera otro encargo de ese Gobierno que dejar roto en pedazos el símbolo, y el principio de autoridad en el suelo.

»Y siguieron los atropellos, y siguieron las coacciones, y subieron los Prelados en coches y fueron silbados, y los coches fueron apedreados, rompiendo los cristales, siendo heridos los lacayos; y los pobres peregrinos españoles que habían confiado en que vivían bajo el régimen del Gobierno de un país culto y civilizado, fueron atropellados y escarnecidos.»

Condensando el orador sus justísimas indignaciones en soberbias frases, proseguía:

«Hasta la sangre, hierve en el pecho la sangre española ante semejantes escándalos, y yo declaro, yo, católico y monárquico, que si la manifestación hubiera sido librepensadora ó republicana, y hubiera acontecido en ella lo que ha acontecido con la peregrinación en Valencia, yo, á fe de español, amante de derecho, me hubiera puesto al lado de la manifestación contra los sayones del más arbitrario de los poderes. ¿Es que no queréis esas manifestaciones? Prohibidlas y venid inmediatamente á responder de esa violación del derecho. ¿Consideráis peligrosas y contrarias á vuestra política esas manifestaciones? Prohibidlas, pero no las permitáis para que fiadas en vuestra autoridad salgan tranquilas para encontrarse luego entregadas á las iras salvajes de turbas de foragidos. Ya hace tiempo que estamos tratando de romper convencionalismos que arruinan y matan á la nación española; ya hace tiempo que se levantan voces elocuentísimas contra eso de que una cosa lo sepa todo el país y sólo aparezca que la ignoramos los que nos sentamos aquí como si estuviéramos jugando. Esos convencionalismos son ridículos, y ante la pavorosa y enérgica realidad tienen que venir al suelo.»

Sobradísima razón tenía el Sr. Pidal, y bien conoce al señor Moret y al Sr. Aguilera. Recuerdos y motivos no le faltan.

La primera parte del debate sobre las escandalosas agresiones de Valencia ha terminado con la siguiente proposición incidental, aprobada en votación ordinaria por el Congreso, en términos análogos á otra votada en el Senado:

«Pedimos al Congreso se sirva declarar que ha visto con profunda pena el atentado cometido en la ciudad de Valencia contra el derecho de los españoles que van en peregrinación á Roma, y espera del Gobierno que comunique á sus representantes en el extranjero este acuerdo del Congreso. Palacio de las Cortes 12 Abril de 1894.—Gamazo.—Romero Robledo.—Barrio y Mier.—José Carvajal.—Villaverde.—López Puigcerver.—Mellado.»

Decimos que éste ha sido el término, porque no es de presu-

mir que tanto escándalo tenga todavía más eco. Tal vez sea el trueno final de aquellos fuegos de artificio con que se celebraban las asonadas en tiempos progresistas, y á los que manifiestan aún de vez en cuando sus aficiones algunos de los antiguos sectarios.

Á este admirable cuadro de la situación actual sólo falta añadir el acto heroico del retraído Sr. Castelar, que en ampulosa carta aconseja á los suyos una adhesión sin límites al señor Sagasta y un aplauso sincero á las felicidades que á España proporciona el fusionismo.

*
* *

EXTERIOR

Siguen en Francia las explosiones provocadas por los anarquistas. El último atentado y la preocupación de todos es la bomba del restaurant Foyot, en París, cerca del Senado. No faltan víctimas, y la opinión está indignada en la capital de Francia, y algunos periódicos manifiestan que deben ser perseguidos los anarquistas de manera implacable, para no dar lugar á que el vecindario huya.

Mayor tranquilidad, á pesar de todo, en Italia. Con motivo de la entrevista entre Guillermo II y Humberto I, se han hecho en Venecia, la antigua reina del Adriático, grandes preparativos para recibir dignamente á los augustos huéspedes.

Un periodista francés, M. Calmette, ha sido recibido en audiencia por el Rey Humberto, y asegura que éste le ha hecho declaraciones importantes sobre la actitud pacífica de Italia.

«Confieso—dice M. Calmette—que experimenté profunda emoción, mezclada de inquietud repentina, y una especie de incertidumbre acerca de mi deber, cuando á la hora fijada por el gran maestro de ceremonias, Conde Gianotti, el ayudante de campo de servicio, coronel de Artillería Gioffi, me introdujo en el salón azul del Quirinal, donde me esperaba el Rey. Iba á hallarme delante del Soberano á quien se atribu-

yen los más negros designios contra mi patria; á verme en presencia de uno de los tres terribles jefes de Estado que, según se dice, no sueñan más que con luchas y conquistas contra Francia y que pueden trastornar á los pueblos de una pluma. Pero le vi adelantarse sonriendo, con la mano tendida, la mirada franca y leal, revelando en todo una afectuosa llaneza y una gran sencillez, y mientras con frases amables me invitaba á sentarme, me sentí agradablemente sorprendido y tranquilizado...

«Las pasiones de la prensa—dijo—son muchas veces causa de los disentimientos de los pueblos, ó por lo menos hacen más profundas, más peligrosas y más agrias tales desavenencias. El día en que tengamos el valor de reconocerlo, la mitad del mal habrá desaparecido.»

»Indicó luego el Rey de Italia que entre los dos países no habia más que una mala inteligencia, que se complica con la diferencia de sus intereses.

«Tomemos como ejemplo la ley Meline—dijo,—votada con perfectísimo derecho por vuestro Parlamento. Esta ley la consideramos nosotros mala y peligrosa para Italia, nos parece ruinosa y deseamos una ley comercial menos hostil: ¿no estamos también en nuestro derecho al pensar de esta manera? ¿Qué prueban los esfuerzos que hacen en sentido contrario las dos naciones, sino que tienen necesidades é intereses diferentes que procuran defender á su manera? Pero no hay, en realidad, divisiones profundas, irremediabiles, y subsiste una gran simpatía entre los dos pueblos.

»Bien sé que entre vosotros no se habla más que de guerra, y que se me acusa de desearla, pretendiendo que ha de ser Italia quien provoque el conflicto. ¡Esto es absurdo! Todo nos veda la guerra: nuestro presupuesto, que desgraciadamente está en déficit, nuestra voluntad, nuestro deseo, nuestra razón... Somos un país demasiado joven para meternos en tales aventuras. Lo hemos sacrificado todo para conquistar nuestra unidad, que no data todavía de hace un cuarto de siglo. Sería una locura comprometerla en un conflicto de resultado tan dudoso para todos los pueblos. Mal se nos conoce al atribuirnos planes semejantes. Hemos adelantado mucho en veinti-

cuatro años, y no hemos de arriesgarlo todo en un día. No poseemos un presupuesto como el de Francia, que permite todos los gastos, y que tal vez os arrastre poco á poco á aspiraciones belicosas á vosotros, cuyo ejército es el más numeroso, y cuyo armamento es el más fuerte. Pero nosotros no podemos tener, ni tenemos, esas aspiraciones.»

Casi al mismo tiempo que el Rey de Italia hacía su entrada en Venecia, llegaba á Pola, á bordo de la fragata *Moltke*, el Emperador Guillermo. El Soberano alemán ha sido objeto de grandes atenciones por parte del Archiduque Carlos Esteban, del Ministro de Marina austriaco y de los principales funcionarios. El Archiduque le obsequió con un almuerzo á bordo del *Radetzky*, al cual asistió Guillermo II con uniforme de almirante alemán.

Todas estas entrevistas de los Soberanos de las grandes potencias y hasta la particular actitud de la Gran Bretaña autorizan la creencia en la seriedad de grandes corrientes pacíficas, hoy más plausibles que nunca ante las amenazas y los progresos del anarquismo.

C. S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

La contagion du meurtre. Estudio de antropología criminal, por el DR. PABLO AUBRY. Precedido de un prefacio del Dr. A. Corre.—Segunda edición completamente refundida.—París, Félix Alcán, editor, 1894.—En 4.º, XXIV 308 páginas: 5 francos.

El contagio del asesinato, á la manera que el contagio micróbico, existe en todas partes: en la familia, en la prisión, en la prensa y en la publicidad de las ejecuciones de la pena de muerte. El Dr. Aubry lo prueba con multitud de hechos.

Trata luego del contagio del vitriolo, del revólver, del envenenamiento, del infanticidio, del aborto, suicidio, desafío, etc. Aquí, al lado del contagio propiamente dicho y á menudo confundiéndose con él, se halla la influencia de la moda y de la imitación.

Esto por lo que se refiere al contagio esporádico, esto es, al contagio que sólo alcanza á algunos individuos y no llega á ser verdadera epidemia.

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

Existen éstas, sin embargo, y las encontramos en la política, en las revoluciones, en los crímenes de las muchedumbres y en la guerra. Los regicidas y sus descendientes los anarquistas son manifestaciones de una epidemia que, por desgracia, no parece próxima á concluir.

Sabido es que cuando una epidemia azota durante mucho tiempo y varias veces á un país, se transforma en endemia. Córcega, Italia y otras regiones ofrecen notables ejemplos de ello.

La primera edición de esta obra, publicada en 1888, se agotó rápidamente. Ahora sale á luz la segunda, avalorada con gran número de hechos recientes y aumentada con no pocos capítulos nuevos, de modo que más bien es una obra nueva. El prefacio del ilustre criminalista Dr. Corre es interesantísimo.

*
* *

Colección de escritores castellanos.—Se acaba de enriquecer con los volúmenes 101, 102 y 103, á saber:

Novelas, cuentos y artículos, por D. S. Estébanez Calderón (El Solitario).—Madrid, 1893.—En 8.º, XII-448 páginas: 4 pesetas.

Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII, por D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar.—Tercera edición corregida y aumentada. Tomo III.—Madrid, 1893.—En 8.º, 507 páginas: 5 pesetas.

Avisos de D. Jerónimo de Barrionuevo (1654-1658) y Apéndice anónimo (1660-1664).—Precede una noticia de la vida y escritos del autor, por A. Paz y Melia. Tomo IV.—Madrid, 1894.—En 8.º, 595 páginas: 5 pesetas.

Como ninguno de nuestros lectores desconoce el mérito de las obras antecitadas, basta añadir que aparecen en tomos elegantes y de estampación esmeradísima, según acontece con todos los libros de la renombrada *Colección de escritores castellanos*.

*
* *

El mundo festivo, por LUIS TABOADA. Dibujos de Pons. Fotograbados de Páez.—Madrid, librería de San Martín, editor, 1894.—En 8.º, 270 páginas: 3,50 pesetas.

Si un buen pabellón acredita una mercancía, ¿qué decir de los libros de Luis Taboada, el más popular de nuestros escritores satíricos? Más de cuarenta artículos componen el último volumen, y no hay tipo raro, reunión cursi, patrona ni cesante, novio atortolado ni Tenorio sin vergüenza, vicio ó costumbre, en fin, que deje de tomar en cuenta Taboada. Á los dibujos de Pons y al buen gusto y pulcritud con que el editor Sr. San Martín presenta la obra hay que dedicar calurosos aplausos.

*
* *

Instituciones de Derecho mercantil, por D. PEDRO ESTASEN.—Tomo V.—Madrid 1893.

Tan variada como importante es la materia contenida en este tomo V, último que dedica el Sr. Estasen al estudio de la legislación y de la jurisprudencia mercantiles de España.

Expone, bajo el aspecto teórico-práctico, la doctrina contenida en los Códigos de 1829 y 1885 y en la legislación complementaria respecto á los contratos mercantiles, que indistintamente tienen relación con el comercio terrestre y marítimo; suspensiones de pagos, quiebras, prescripciones, jurisdicción y orden de proceder en negocios de comercio. Contiene, además, un apéndice relativo á la antigua *comanda* en derecho catalán, la *hipoteca naval* y las *sucesiones mercantiles*.

Gran conocedor el Sr. Estasen de nuestro derecho positivo, presenta las más interesantes cuestiones prácticas que el Derecho mercantil privado y el Derecho administrativo comercial encierran, y las resuelve con prudente criterio, acudiendo á la ley, á las decisiones de nuestra jurisprudencia.

cia y á la doctrina de los jurisconsultos, demostrando á cada momento erudición poco común y extensos conocimientos de literatura jurídica. Elogios merece también la esmerada edición que de esta obra ha realizado la *Revista de Legislación*.

*
* *

Otras publicaciones.

Los derechos de la mujer y el matrimonio, por Luis Bridel.—Tal es el título del interesantísimo libro cuya edición castellana acabamos de recibir y en el que su ilustre autor, catedrático de derecho de la Universidad de Ginebra, estudia el movimiento actual feminista, la fidelidad conyugal y el adulterio, la incapacidad de la mujer casada, el régimen legal de los bienes de la sociedad conyugal, el derecho de la mujer al producto de su trabajo, los derechos hereditarios del cónyuge supérstite, la patria potestad y los derechos de la madre.

Esta obra (que lleva en forma de notas la legislación española) forma un precioso tomo lujosamente encuadernado en piel y se vende al precio de 3 pesetas, en la Administración de la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, Preciados, 33, y en las principales librerías.

De Ayer. Colección de poesías premiadas é inéditas, por Francisco Tomás Estruch. Segunda edición. Madrid, 1894. En 8.º, 94 páginas. Una peseta.—Están escritas con soltura y esmaltadas por hermosas imágenes.

Historia del Culto Eucarístico en Lugo, por D. Antolín López Peláez, Canónigo Magistral, Capellán de honor, Predicador de S. M., C. de la Real Academia de la Historia, etc. Lugo, 1894. En 8.º, 78 páginas. Una peseta.—Todas las producciones del sabio Magistral de Lugo, muchas ya y muy importantes, llevan el sello de las dotes que realzan al autor: estilo elegante y correcto, pensamiento profundo,

erudición vastísima. Su último trabajo ofrece interés excepcional; todas las personas religiosas, y particularmente los hijos de Galicia, deben agradecer al elocuente predicador que narre las glorias eucarísticas de Lugo, en donde se celebrará el próximo Congreso de este sagrado carácter.

Teatro Real.—Temporada de 1893 á 1894. Reseñas al día de estrenos y primeras representaciones de óperas, por don Federico Montaldo. Madrid, 1894. En 8.º, 128 páginas. 2 pesetas.

En el libro se hace una completa descripción, acompañada de la correspondiente crítica, de todas las óperas puestas en escena en el regio coliseo en la última temporada.

Si unimos al correcto y castizo lenguaje la forma brillante de exposición y la sana crítica que en él resplandece, no dudamos que su autor alcanzará un nuevo triunfo que unir á los muchos obtenidos, y que se agotará en pocos días la edición de tan interesante libro para los verdaderos *amateurs* del arte lírico.

Impresiones (literatura y arte), por Federico Balart. Madrid, 1894. En 8.º, 359 páginas. 4 pesetas.—Forman este volumen los siguientes trabajos: Exposición de Pintura y Escultura, 1890.—La poética de Campoamor.—Ricardo Gil.—San Francisco el Grande.—Un crítico incipiente.—Exposición de pasteles y acuarelas.—Pequeñeces.—El casón del Retiro.—Emilio Ferrari.—Proyectos.—Un hallazgo.—Artes y letras.—Los dominios de la poesía.—Un poco de estética.

El ingenio del ilustre crítico y gran poeta Sr. Balart y su manera amenísima de escribir resplandecen en todas las páginas del precioso volumen.

Hemos recibido un folleto lujosamente impreso, con cubiertas de pergamino, oro y colores y láminas hermosas. Forma aquél un romance que obtuvo el premio extraordinario de S. M. el Rey en el gran certamen de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, celebrado en Abril de 1884. El autor es D. Eloy García Valero, canónigo y capellán de los Reales Alcázares. Imposible dar más carácter de época á la composición ni á los tipos de imprenta, papel, etc., etc.

Observaciones sobre el gobierno y administración de la Marina de Guerra, por D. Joaquín María Aranda y Pery, Intendente de Marina, exdiputado á Cortes. Madrid, 1893. En 4.º, 151 páginas.—Merece este trabajo que la atención pública se fije en él.

R. A.

